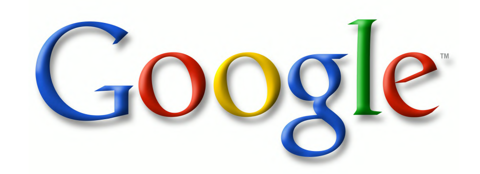
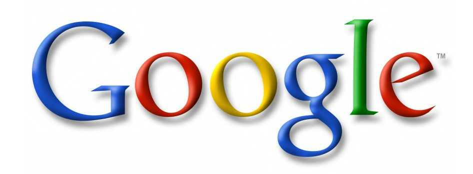
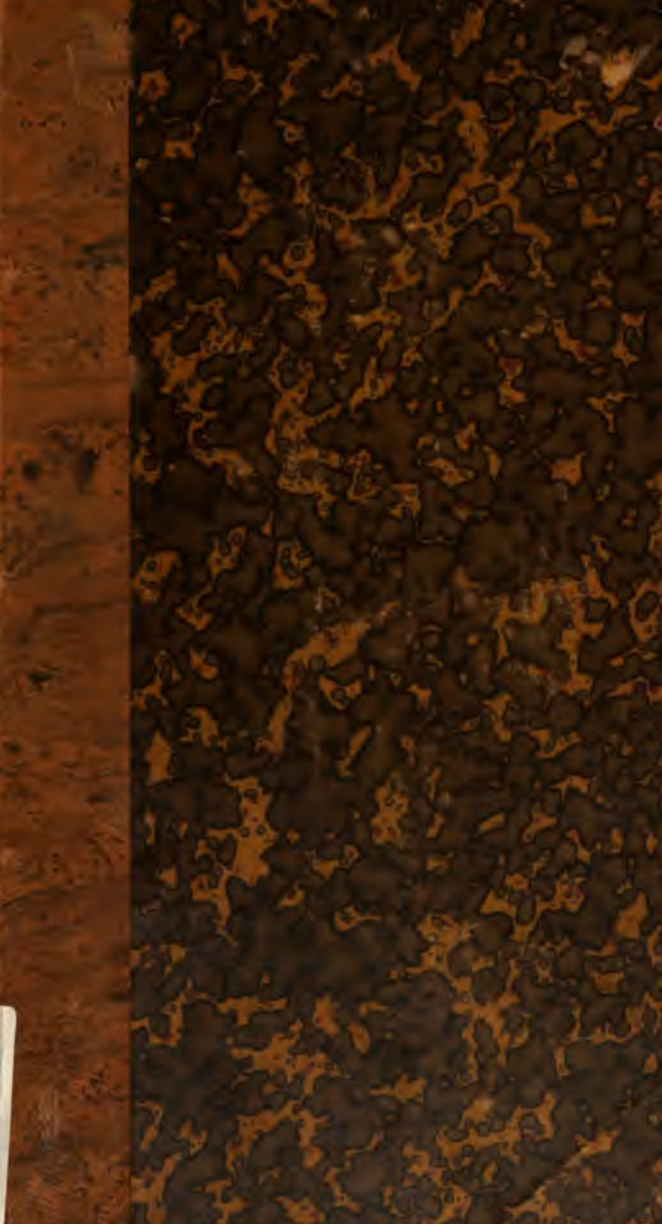
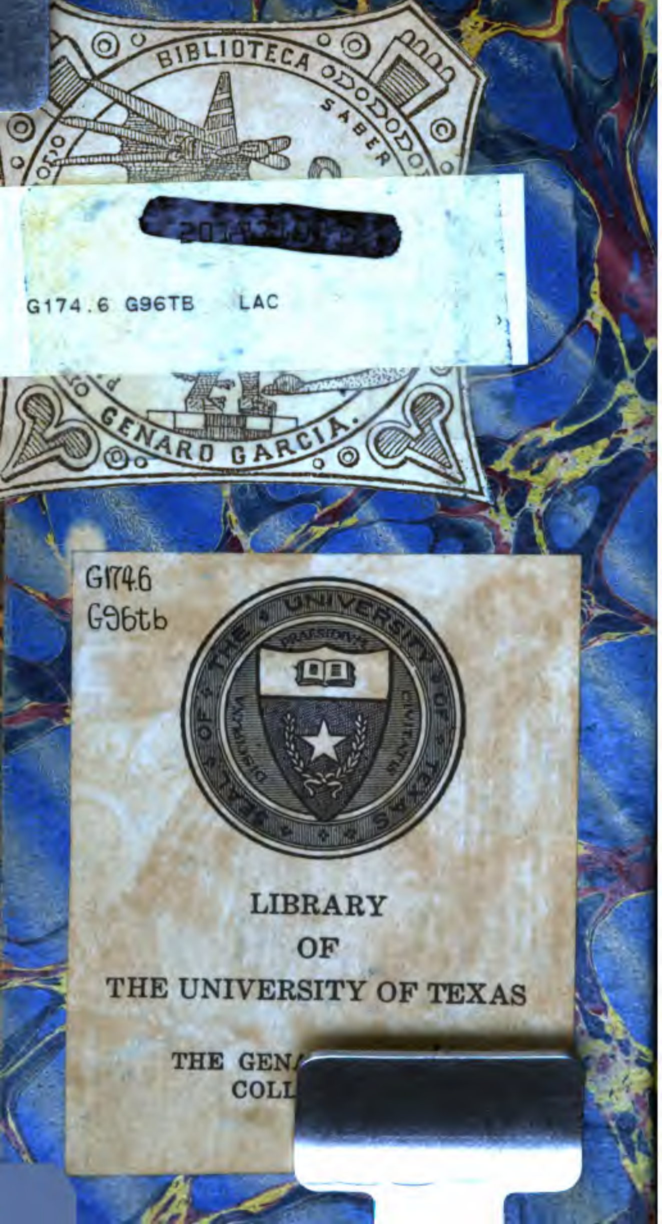
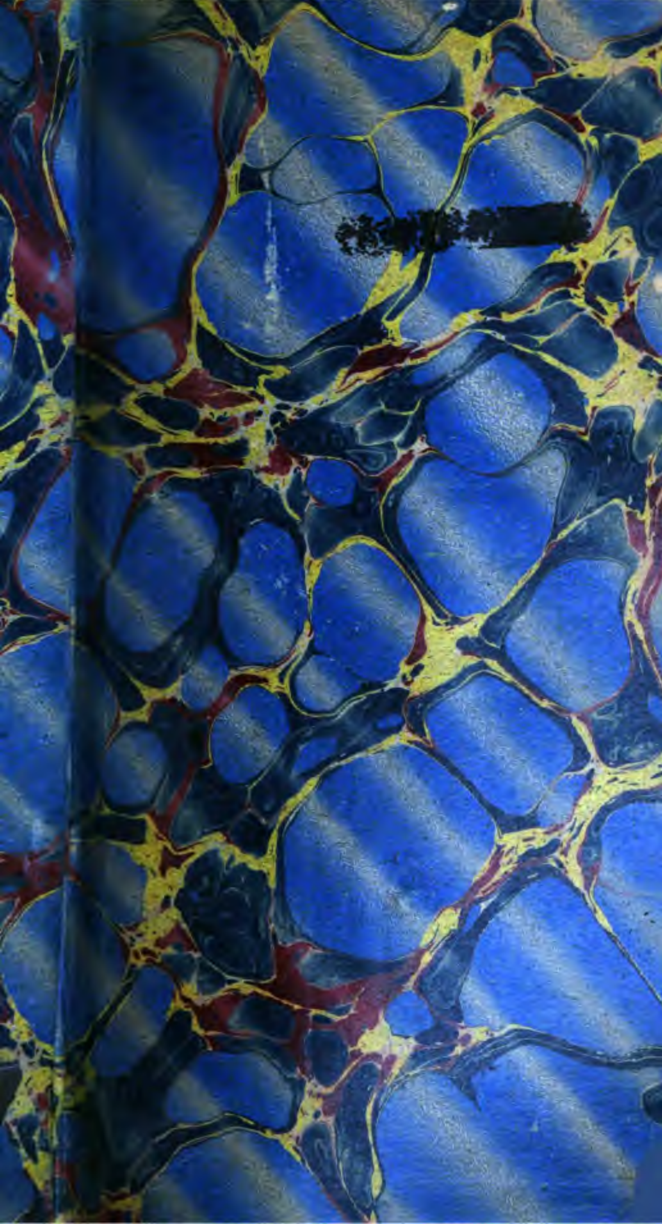







BIBLIOTECA
SABER
GENARO GARCIA.
[redacted]
G174.6 G96TB LAC
G174.6
G96tb
LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS
THE GEN
COLL



DE LOS DAÑOS DEL JUEGO

Y DE

SU CONDENACION POR LA IGLESIA CATÓLICA

DE LOS DAÑOS DEL JUEGO

Y DE

SU CONDENACION POR LA IGLESIA CATOLICA

POR EL DOCTOR

JOSÉ MIGUEL CURIDI Y ALCOCER,

Colegial antiguo del insigne,
viejo y mayor
de Santa María de Todos los Santos de la Corte de México;
Cura que fué y Juez eclesiástico
de Santa María de Acajete en el Obispado de Puebla
y Cura de Tacubaya
en el Arzobispado de México.

PRÓLOGO

DE

DAVID BENAVENTE.

MÉXICO

TIP. Y LIT. LA EUROPEA DE J. AGUILAR VERA Y COMP. (S. EN C.

Calle de Santa Isabel núm. 9.

1901

INDICE.

APÉNDICE.

PRÓLOGO

Este libro, aunque escrito por un creyente en la Iglesia Católica, uno de sus sacerdotes más cultos, es de lectura para los hombres de todas las creencias. En él, de brillante modo, se juzga el juego como el peor de entre los vicios: es el vicio de los vicios. Se hace su psicología y aparece como una enfermedad repugnante, contagiosa, mortal; pero curable.

El juego es algo así como una madre fecunda del crimen: el tahur es propenso al robo, es muy fácil que cometa un asesinato, tiende á la embriaguez. ¡Y cómo

no ha de ser así, si el tahur pierde la delicadeza, la vergüenza y el honor! Abstraido, sólo despierta de esa especie de fascinación, para buscar de cualquiera manera los medios de satisfacer inmediatamente su deseo.

El Código Penal lo considera un delito. Y no puede ser de otra manera visto, pues que es el origen de una multitud de delitos. ¡Quién no recuerda al infeliz aquel que una noche salió demente de un garito de cierta calle céntrica, por haber perdido cuanto tenía, é íbase encima, puñal en mano, de cuanto transeunte pasaba á su alcance. Ese pobre ¿quién no lo recuerda? hirió y mató á muchos.

¡Quién no tiene presente los diez suicidios que por causa del juego se sucedieron durante cuatro meses!

Una de esas víctimas era cobrador, y un sábado, después de haber reunido una fuerte suma, entró en un garito y la perdió toda. Al verse sin pan ni para su familia y con la perspectiva de la cárcel, prefirió privarse de la vida.

Otra de esas víctimas era empleado, tenía vendidos sus sueldos de más de medio año y una tarde se le dió un billete de quinientos pesos, para hacer una compra. Quiso probar fortuna en las cartas y se quedó sin nada de la cantidad. En su desesperación, no halló otro remedio que encerrarse en su habitación y apurar un veneno, para escapar de las manos de la justicia.

Otra de las víctimas, de las diez en que nos ocupamos, robóse de la caja, de la casa de comercio donde trabajaba, unos miles de

pesos y los perdió en una noche. Entonces tomó la resolución de preferir la muerte á toda una vida de deshonra, y la cumplió, volándose la tapa de los sesos.

Hay, de este género, mil historias tristísimas: se han hecho tan comunes, que ya no sorprenden. ¡Cuánta relajación!

El que es tahur, puede decirse que tiene en sí el germen para cometer toda clase de crímenes. Y este germen, que empeora al paciente á medida que trascurre el tiempo, es dañoso también á la familia á que pertenece: la miseria, la embriaguez, la prostitución y el robo son la perspectiva.

¿Qué hacer, pues, para curar de este vicio? ¿Cómo contrarrestar los violentos avances que hace en todas las clases sociales?

Uno de los medios eficaces que

hay es: leer con meditación este libro en que se considera el juego desde todos sus aspectos y se miden todas sus consecuencias: su lectura es un remedio eficaz para curarse de tan abominable vicio.

Algunos periódicos han abierto una campaña contra el desmedido uso del pulque, por ser causa de gran parte de la criminalidad. ¡Hermosa tarea! Pero, ¿pudieran decir esos mismos periódicos si la criminalidad no disminuirá un veinte por ciento si se cierran las casas de juego? [1]

DAVID BENAVENTE.

1 Tenemos en nuestro poder el original de este libro, clásico por su forma literaria y precioso por sus ricas enseñanzas.

Hace muchos años, vieron la luz pública unos fragmentos, pero hicieron tal daño á los dueños de casas de juego que la publicación fué comprada á peso de oro.

REFLEXION I.

Necesidad de un escrito sobre los daños del juego, y razón de emprender éste.

Una pasión vil por su fin, detestable por su fomento, infame por sus medios y funesta en sus consecuencias, se ha erigido entre nosotros por deidad soberana, á quien sirven de pedestal la naturaleza y la religión, y los demás vicios han cedido sus altares y sus aras, como los dioses á Júpiter sus templos, para que se le edificara el famoso del Capitolio. Tal es el juego, que animado del interés, fomentado por la ociosidad, sirviéndose de los fraudes, y causando los mayores estragos, á manera de un fuerte torbellino ó de un huracán impetuoso, ha envuelto y arrastrado tras sí á personas de todas clases.

En vano clama contra él la religión, y á su vista se horroriza la naturaleza: su dominio es casi universal, y aun las mismas pasiones, ó desaparecen en su presencia ó le dirigen los cultos que á ellas las tributan sus adoradores. El goloso no se acuerda de la comida; el mezquino abre las manos, y el avaro sus talegos; el vano y orgulloso, que se cree superior á todos, se iguala con los ínfimos; el soberbio se humilla al más vil, cuyos auxilios necesita; el delicado tolera en pie ó en la postura más incómoda muchas horas; el sexo vergonzoso se descara y pierde su pudor; hasta los enamorados se olvidan de sus citaciones y visitas, y lo que es más, aun estando presentes sus ídolos, no son girasoles de sus hermosuras, ni éstas imán de sus corazones. Todo cede á la violencia de una pasión que, como un torrente de fuego, ha abrasado las ciudades y los pueblos, llevando por todas partes la ruina y la desolación.

Cuando Tarquino consagró á Júpiter el templo del Capitolio, todos los

otros dioses le cedieron, dice Ovidio, á excepción del que los Romanos llamaron Término, quien por lo mismo se colocó á su lado.[1] ¡Ojalá que siquiera á esta ficción de los gentiles, correspondiese la dominación tiránica del juego! Pero á él ha cedido el término mismo, en lo que consiste sea despótico. No tiene término ni en el tiempo, ni en la cantidad, ni en las personas. Quiere se le dediquen todas las horas, haciendo día de la misma noche: devora los caudales, disipando aún los precisos y sagrados, y se maneja con tal rigor con los que le rinden homenaje, que sus plantas no macollan, si no se riegan con sangre, sus edificios no se levantan, sino sobre las ruinas de los que se destruyen, sus banderas no se tremolan, sino sobre montones de cadáveres, y es un ídolo, que no recibe más cultos que los sacrificios, y unos sacrificios en que, equivocándose el holocausto, el

1 Terminus, ut Veteres memorant, conventus in Urbe Restitit, et Magno cum Yove templa tenet. Lib. 2. Fast.

sacerdote y el adorador, son víctimas los mismos que las ofrecen.

Pero qué, dirá alguno, ¿tal cúmulo de desórdenes no ha puesto en movimiento y concitado contra sí innumerables plumas que lo impugnen? Sí, se han empleado en este asunto las más graves y autorizadas. Una y otra potestad, eclesiástica y secular, han fulminado contra el juego sus cánones y sanciones: lo han rebatido los Padres de la Iglesia, particularmente San Cipriano: han hablado sobre él los teólogos, en especial Francisco Alcocer, que compuso un tratado de la materia; pero ¡ah! que el dialecto latino de que usaron, desconocido de la mayor parte de los jugadores, es un velo que oculta á la vista de éstos sus escritos. A más de que sólo trataron la materia en lo moral, y aun resta mucho que decir de ella en lo físico.

El sermón de Lafitan, y la pastoral del Illmo. Sr. López Gonzalo, concernientes á este punto y que corren en nuestro idioma, ciñéndose á las

precisas márgenes de una oración y de una carta, no pudieron hablar con la difusión que exige la materia, mayormente en nuestros días en que ha llegado al mayor incremento su relajación. Ni es bastante la carta de Constantino[1] y lo poco que traen el Eusebio[2] y Uvantón,[3] aun estando concebido lo de este último en el estilo burlesco, que ha probado también para corregir otros defectos.

Es, pues, de desear un escrito, que no sólo haga ver á los jugadores los motivos de religión que destruyen las ideas y opiniones erradas, que han formado de su profesión, para conservarse en una falsa tranquilidad de conciencia; sino que también les ponga delante con el mayor patetismo los daños temporales que acarrea el juego, y que aunque pasan por sí, se los impiden ver con claridad las vendas que ha echado á sus ojos su pasión. Pero cuando está clamando

1 Cartas críticas. Tom. 3. la del Juego.
2 Parte 2. Lib. 4.
3 País de las Monas. Tom. 2. Cap. 23.

por él nuestra actual constitución, descansan en este punto las plumas de nuestros buenos escritores, no despliegan sus lenguas nuestros sabios, y en vez de combatir tan formidable monstruo, se mantienen con sus espadas á la cinta. Yo creí debía empuñar y desenvainar la mía, que aunque débil para herir, quizá será bastante para incitar otras mejores y despertar las plumas que duermen, y que puestas en acción son capaces de obtener la victoria.

A esto se añade haber yo también caído alguna vez en la red universal. Esta fragilidad (de que podía disculparme, pero de lo que no trato) no tengo pudor de confesarla, cuando no lo tuve de su ejecución. Ella me ha puesto en estado de poder hablar menos mal, que antes, en la materia: me confirmó en mi antigua aversión al juego, como solidó la fe de un Apóstol su incredulidad, y es el principal motivo de emprender esta tarea, para reparar con ella los daños que tal vez pudo causar mi mal ejemplo. Vi-

vo entendido en que á nadie persuadirán mis lánguidos discursos; pero aunque no conviertan á otros, darán testimonio de mi propia conversión, y de que, si los jugadores empiezan siempre engañados, y acaban engañando, como dijo la poetisa Madama Houlieres,[1] yo, aunque comencé como todos, no acabo del mismo modo, sino desengañando.

1 Citada por Feijóo. Tom. 2. Carta 7. N. 5.

REFLEXION II.

Origen y división de los juegos, para discernir los dañosos de los que no lo son.

El juego nació de la necesidad, se nutrió á los pechos de la religión, se oreó en los brazos de la virtud, creció á la sombra del placer y la ociosidad, y se enfermó por el vicio que le trajo mil achaques. Su cuna fué Lydia, país de la Asia, cuyos habitantes combatidos en tiempo de su Príncipe Atys de la carestía y el hambre, para engañarla y entretenerla, inventaron, según Herodoto,[1] los juegos. Es verdad que Platón atribuye algunos á los egipcios, y Sófocles á Palamedes, introducidos con el mismo fin de divertir el hambre; pero

1 Lib. 1. Esta época es 550 años antes de Jesu-Christo.

los más, y probablemente los primeros, reconocen por autores á los Lydios, por lo que los latinos los llamaron *Lydi*, y con poca corrupción *Ludi*.

En seguida los adoptó la religión de los pueblos, para solemnizar con ellos las festividades de sus dioses. Bajo este aspecto tan sagrado los abrazaron gustosos los hebreos y los egipcios, los griegos y los romanos, y éstos los propagaron á las demás naciones, á proporción que con su imperio extendían su religión y sus costumbres.

La virtud encontró en ellos un pábulo abundante digno de su atención. El fomento de la sociedad, el ejercicio moderado, tan conveniente para conservar lá salud, ejercitar las fuerzas del cuerpo para tenerlas prontas en defensa de la patria, industriarse y perfeccionarse en las artes de la guerra, y demás necesarias á la vida, sobre todo, recrear el espíritu fatigado del trabajo para emprender con nuevo vigor las ocupaciones serias,

son las conveniencias que ministraron los juegos, y otras tantas razones que empeñaron á la virtud en fomentarlos y cultivarlos. Pero no fué este el principio á que debieron sus mayores auges: nuestra propia constitución y naturaleza fué su verdadero origen.

El hombre está casi siempre combatido de una continua lucha entre la ociosidad, que le causa tedio, y el trabajo, que le fatiga. Aquella sucesión interminable de diversos pensamientos é ideas, que no puede faltar cuando está despierto, traen alterados su entendimiento y fantasía, mientras no se fija á un objeto determinado; pero si éste es serio, lo cansa y lo fastidia, porque lo arrastran sus inclinaciones al placer. Sólo en el juego halla combinadas todas las circunstancias, que parecía imposible unirse para calmar la pugna interior que lo agita. En él descubrió una ocupación, que lo libra de la ociosidad, sin precisarlo al trabajo, y que divierte sus pensamientos, sin abs-

traerlo del regocijo: razón porque nuestro idioma lo llamó *Juego*, de la voz latina *Yocus*, que significa alegría, y que también suele aplicarle aquel dialecto [1]. A la sombra de estas utilidades era muy consiguiente adquiriera notables creces.

Pero como nuestra propensión al mal, todo lo vicia y lo corrompe, estragó también los juegos, llenándolos de tantas dolencias y defectos que, á imitación de los Israelitas con los leprosos, debemos arrojarlos de entre nosotros, como una peste contagiosa de cura desesperada y de peores resultas. Bien es que no fué igual en ellos la corrupción, quedando unos más inficionados que otros, según sus mayores ó menores disposiciones, por lo que es preciso distinguirlos.

Todos, como líneas tiradas á un punto central, convienen en el fin de agradar y entretener. O bien se use

1. Ovidius, lib. 3. de Arte Amand. usurpat Yocum pro ludu, et Horatius ludum pro jocu. lib. 1. Cicero lib. 1. de Offic. hec habet: Unum genus jocandi est illiberale, petulans &[a].

de las palabras, como en los juegos escénicos ó teatrales; ó ya de las acciones, como en el baile y carrera: ó bien deleiten al oído, como el canto y música; ó ya á la vista, como los espectáculos: ó bien se tome por instrumento á los animales, como en las luchas y corridas: ó ya á las cosas inanimadas, como los dados y los naipes, siempre se dirigen como objeto á la diversión.

Unos son públicos, por celebrarse en los anfiteatros en el concurso del pueblo, de los cuales usaban los paganos en sus solemnidades; y otros privados, que se practican en las casas particulares. Los primeros por sí mismos, y sin otro agregado, que los vicie, son inocentes. El daño consiste en los segundos, especialmente en la baraja, que para diversión de Carlos VI, Rey de Francia, inventó Nicolás Pepino, por lo que se observó mucho tiempo poner en una de las cartas, las iniciales de su nombre y apellido N. y P., de donde se llamó *Naype:* invento, que ha hecho más es-

tragos en la paz, que el de la pólvora en la guerra.

Estos mismos del segundo género, se dividen en juegos de suerte y azar en que sólo deciden la fortuna y acaso, como los dados y albures: juegos de industria, como el de damas y ajedrez: y mixtos de uno y otro, como la Pretera, Malilla, y los demás de Baraja, que llaman carteados. No interviniendo apuesta, ningunos son nocivos; pero si esta media, son prohibidos y dañosos los primeros, permitidos los segundos, y tolerados los terceros, con tal que no sean de envite, ni los estrague un excesivo interés: porque en este caso así ellos, como los segundos y primeros, son perjudiciales á la República, y dañan á los particulares.

REFLEXION III.

De los perjuicios que trae el juego á la República y primeramente de su oposición á la sociedad y trato civil.

La República es un conjunto de hombres, que forman un cuerpo político para ayudarse mutuamente á pasar la vida con descanso. Son, pues, los individuos los miembros de cuya unión resulta el todo de la República. El fin y necesidad de esta unión, son sus propios destinos y tareas: porque si no hubiera la distinción de diversas profesiones, y cada uno no contara sino consigo solo, ¿cómo podría cultivar la tierra para proporcionarse sustento, fabricar su morada, beneficiar y tejer las telas para cubrir sus carnes, formarse sus vestidos y calzados, condimentar su alimento, defen-

der sus posesiones, y ejercitar tantas otras operaciones indispensables para subsistir, y para las cuales, aun dado el imposible de que poseyese la pericia suficiente, le faltarían el tiempo y las fuerzas? Finalmente el vínculo que los enlaza, y el alma toda de su unión es la sociedad.

Cualquiera máquina se desconcierta por el desarreglo de un solo resorte. Pues ¿qué trastorno, qué perjuicios no resentirá la República del juego, que la hiere en todas sus partes? Él rompe las ligas de la sociedad, destruye el fin de su unión, corrompe y quita á la República sus miembros. Tres reflexiones que demandan tratarse cada una de por sí, y por lo mismo en la presente sólo hablaré de la primera, dejando para las siguientes las dos posteriores.

¿Y quién podrá dudar que este vicio se opone á la sociedad y trato civil, con que alguna vez haya visto una mesa de juego? La rodea un cerco de hombres, de los que sólo los inmediatos logran asiento con inco-

modidad, estando los demás en pie, apiñándose unos con otros y alargando los pescuezos: la cuadra se llena en breve de las cálidas exhalaciones de los cuerpos y de las continuas humaredas de los que fuman: un profundo silencio y una atención suma ocupa á los circunstantes: se esparce por los semblantes una melancólica severidad, que da indicio de la aflicción y violencia, que agita los espíritus: se suspenden las mociones y afectos de las demás pasiones: todos están pendientes de la suerte, que es la deidad que preside la asamblea, y decide despóticamente de las fortunas y desgracias: un cartón, una figurilla ridícula que el acaso colocó sobre otras, después de haber tenido pálidos los rostros en su expectación, al descubrirse, alegra á unos, de que suelen dar señales en sus risadas y jactancias, á otros los deja mustios y fruncidos, obliga á otros á morderse un labio, ó á agarrarse la cabeza; aquel ánimo fogoso, que no puede sufrir el azar, prorrumpe en voces des-

compuestas, quien da una fuerte palmada en la mesa ó en su frente, y tal vez estruja, rompe y hace ademán de comerse las cartas.

Estos lances, ya prósperos, ya adversos, sucediéndose incesantemente el silencio y la algazara, alternan de unos á otros, circulando por todos el dinero, que tan presto los enriquece como los empobrece, volviéndolos á enriquecer y empobrecer, porque el dios que adoran, parece juega con ellos y se complace de burlarlos. ¡Qué horrorosa pintura! Pues no es más que la superficie, la corteza, y como la primer cortina, que he levantado para descubrir el mal que encierran los jugadores.

El espíritu que los congrega y reina en ellos, es la codicia. Luego que el juego llega á ser excesivo, pasa de pasión á furor, que trasforma á los hombres, volviéndolos sordos é insensibles aún á los gritos y sentimientos de la naturaleza. No reconocen en sus asambleas, ni obligaciones, ni dignidades, ni respetos. Sólo se aprecia al

que trae dinero, sea quien fuere, y se desatiende al más condecorado, si viene sin él. El que gana, irrita, y causa alegría el mal del prójimo en sus pérdidas. Los vínculos, las amistades, los parentescos son voces vacías, que no tienen significado en el juego: los mismos hermanos, los padres y los hijos se tiran mutuamente, porque allí todos son enemigos, y no se atiende sino al dinero.

De allí es que se forjen tantas sátiras picantes contra quien gana, atribuyendo más cantidad de la que le dió la suerte: que se fragüen tantas mentiras, para engañar al que presta, y no pagar al que se le debe, aumentando las pérdidas y disminuyendo las ganancias: que se murmure al ciudadano honrado y sensato que no sigue la misma profesión, porque no viene á tributar sus monedas: que se enciendan tantas disputas y porfías, que dividen las voluntades: que se originen tantas discordias, riñas y desafíos, hasta llegar á las manos y causar muertes y alborotos: que nazcan

unas enemistades tan sangrientas, que duran toda la vida y pasan á los herederos para muchas generaciones: de ahí es, en fin, que el marido desatienda á su mujer, el padre no se dedique á la educación de sus hijos, ni nadie cuide de su familia.

Díganlo tantos matrimonios, que por el vicio del juego se han descompuesto, tantas niñas mal casadas, tantas doncellas prostituídas, tantas desnudeces, hambres y miserias que muchos sufren por este principio, tantas casas reducidas de la opulencia á la pobreza, tantas familias degradadas de su nobleza y confundidas con la plebe, tantas quiebras, descubiertos, embargos, perjuicios y litigios.

Pero ¡qué mucho, *si un jugador de oficio nada tiene de humano sino la apariencia!* según la célebre sentencia de Madama Houlieres.[1] ¿Ni qué otra cosa puede esperarse, sino desastres de un congreso, que anima la pasión vilísima del interés? Por esta razón dijo muy bien Feijóo: «que el

1 En Feijóo, tom. 2. Cart. 7. n. 5.

jugar grueso, sólo se debería permitir entre naciones enemigas en tiempo de guerra, como es permitido entonces el recíproco pillaje; porque ¿qué diferencia hay en la substancia entre uno y otro?»[1]

Y una profesión de esta clase, unos hombres de tal calibre, ¿no destruyen el trato civil, que debe dirigirse por la caridad al provecho de nuestros semejantes, enlazando íntimamente á los unos con los otros? ¿Habrá quien no lo conozca, á vista de tantas escenas trágicas, como frecuentemente nos presenta? Yo me imagino las casas de juego como un campo de batalla, y al juego mismo como la guerra más sangrienta que se hace á la República, cuya imagen me la represento lánguida y desfallecida, mirando con dolor, rotos los más estrechos vínculos de la sociedad, divididos los ánimos con las disensiones; perturbada su quietud é introducidas las desdichas: golpes todos, que la aproximan á cada paso á los bordes de su ruina.

1 Allí mismo, n. 6.

REFLEXION IV.

El juego destruye el fin por que se unieron los hombres en un cuerpo político.

¡Qué sabroso cuadro aquel en que me represento á todos los hombres puestos en movimiento para mi utilidad y para recompensarme las fatigas de mi profesión! Por una parte veo los sudores del labrador, por otra, las maniobras del artesano, aquí las faenas del navegante para el fomento del comercio, allí los trabajos del soldado, más allá las tareas de los sabios, hacia aquella parte los desvelos del monarca, más arriba las sagradas ocupaciones del sacerdote, y todo dirigido á auxiliarse mutuamente los unos á los otros. Este es el fin de haberse asociado en un cuerpo de República. Así imitan, no sólo á la na-

turaleza en que no cesan sus partes de sus ejercicios, fructificando las plantas, obrando los elementos, y volteando con perpetuos giros los planetas alrededor de la tierra; sino también la congregación de la Iglesia, cuyos miembros participan los unos de los bienes de los otros. Pero esta utilidad, para cuya recomendación no tiene suficientes voces la elocuencia, se menoscaba y destruye por el juego.

Los que miserablemente se emplean en él, dan de mano á los ejercicios de su profesión. Ninguna cosa más que el juego embelesa al hombre, que se ha enviciado en él. Es un atractivo que lo arrastra, un hechizo que lo encanta, haciéndolo pasar insensiblemente, no sólo las horas, sino los días, las semanas y los meses. Un tahur en nada piensa, de nada se acuerda, y ni para comer y dormir tiene el tiempo suficiente. ¿Cuál, pues, le queda para ejercitar las funciones de su oficio?

Pero demos que su vicio le deje vacías algunas horas. Entonces le falta

forzosamente la gana de trabajar, porque se apodera de él cierta clase de flojera, que no puede repeler sin demasiada violencia. ¿A quién no se hace duro pararse de la mesa de la diversión, ó levantarse de un ligero reposo á que ha precedido una noche de vigilia, para emprender cualquiera especie de tarea? A la naturaleza más que á la razón debemos preguntarlo, y ningunos serán mejores testigos de esta verdad, que los jugadores mismos.

Cuando han salido de una tormenta, nombre que ellos dan á un día, ó temporada empleada en jugar, experimentan laxitud en sus miembros, languidez en sus partes, y todas sus fuerzas desflaquecidas. La causa física de este efecto es la continua agitación y congoja del juego, que disipa los espíritus vitales, tan necesarios para entonar el cuerpo y habilitarlo para el trabajo. Y si en esto mismo consiste el cansancio que nos originan las tareas, inutilizándonos para su prosecución ¿cómo podrán dedicarse á ellas los tahures, que se

hallan siempre en igual disposición, porque se suceden unas á otras sus tormentas, ó por mejor decir, es una tormenta continuada su vida toda?

Y aun cuando les sobrase el tiempo, les asistiesen ganas y tuviesen sobradas fuerzas para trabajar, nada habían avanzado: aun les resta la tranquilidad de espíritu, sin la que es imposible desempeñar las ocupaciones serias. Esta es lo primero que pierden en el juego, y lo último que restauran, si acaso llegan á lograrlo, porque los alteran igualmente las pérdidas y las ganancias. Un ánimo inquieto y alborotado, no puede aplicar toda su atención á los objetos á que se dedica. De aquí resulta que no los emprenda, ó los ejecute con imperfección, ó á lo menos no adelante llevándolo al colmo, que tal vez prometían sus talentos, y esperaba la República. Por eso el Barón de Bielfeld llama á los juegos de azar *distracciones perniciosas para el progreso de la industria.*[1]

1 Instituc. Polític. Tom. 1. Cap. 7. § 19.

La sociedad se interesa en que todos sus miembros ejerciten con la exactitud posible sus particulares destinos. Es como una cítara armoniosa, á quien una sola cuerda destemplada desentona. ¡Qué disonancia entre los ciudadanos laboriosos, y los jugadores que no trabajan! Ellos comen, visten, calzan, viven bajo de techo, y disfrutan las tareas de los demás hombres, sin contribuir con las suyas á la sociedad de que son partes. Mientras el pobre aldeano á cielo raso y expuesto á las inclemencias de los tiempos, les proporciona con qué sustentarse, ellos reposan bajo la sombra de las casas de juego, libres del sol y del aire: mientras el jornalero en todo un día con el sudor de su rostro gana un corto estipendio, ellos en pocos momentos pierden crecidas cantidades: mientras los artesanos les fabrican sus vestidos y adornos, ellos devoran caudales enteros: y mientras el resto de la República se dedica al trabajo, para que todos fuimos criados, como decía

Cleanthes[1] y conocieron aún los gentiles mismos, ellos se entregan al ocio y la diversión.

Para corregir y evitar una disonancia, que tanto repugna á la razón, hasta los juegos lícitos y permitidos prohibieron nuestras leyes[2] en los días de trabajo á los artesanos y oficiales, comprendiendo bajo este nombre, no sólo á los mecánicos, sino también á cualesquiera otros, como labradores, soldados y escribanos.[3] Y á la verdad con sobrada razón: porque si un solo día en cada semana, que habían hecho costumbre no trabajar algunos artesanos, lo que ellos llaman guardar el lunes, se ha tenido por un abuso intolerable, contra el que declamó vivamente Campomanes,[4] ¿con qué horror no deberá mirarse disipar en el juego la semana entera?

1 Apud Laertium, lib. 7. cap. 11.

2 Ley 13, tít. 7. lib. 8. Recop. de Cast. y Campomanes quiere no se les permita ni aun el ver toros en día de trabajo. Discurso sobre la educación popular de los artesanos. § 3.

3 Bobadilla, lib. 2. cap. 13. n. 16. de su Polít.

4 En el mismo lugar antes citado.

Ni se diga que esto no acarrea á la sociedad tan gran perjuicio como se pondera, porque son muy pocos los jugadores, respecto de la numerosa multitud de los individuos de una República. ¡Ojalá que así fuese verdaderamente! Un solo tahur que no pasa sino del juego, es una polilla de la comunidad: porque si un holgazán, que se da á mendigar, se ha visto siempre por los políticos y estadistas como una peste que consume la substancia de los vecinos laboriosos, por aquellos pocos medios que junta de limosna, ¿cuánto más deberá recaer este juicio sobre el jugador, que no sólo se mantiene sin trabajar, sino que se mantiene con decencia y disipa gruesas cantidades? ¡Ojalá, repito, fuese corto su número! Podía darse por bien empleado hasta el sustentarlos de los fondos públicos, con tal que no contagiasen al resto del vecindario. Mas el mal consiste en que uno solo basta á inficionar un pueblo entero, y que en realidad son

muchos, y es efectivo el perjuicio que causan á la República.

De uno y otro, de lo primero y lo segundo tenemos sobradas pruebas. Lo es de lo primero, el que para todo vicio se busca socio; pero principalmente para el juego, que no puede verificarse sin muchos compañeros. ¿Por qué tantos hombres de luces, de una razón despejada, que han hecho serias reflexiones sobre el juego, caen con todo en él, sino por el contagio de sus profesores? Los precipita el contemporizar con personas de respeto, el obsequiar á un huésped, que no gusta de otra cosa, las importunas instancias y mal ejemplo de los amigos, y sobre todo los lazos que les ponen los tahures, ya disponiendo un paseo, ya convidándolos á un almuerzo, y ya comenzando por un juego lícito, que no es sino preámbulo del prohibido, á que lo hacen declinar. A poca repetición de estos actos, como la diversión tiene en sí misma su aliciente, se engendra el hábito, y se arraiga el vicio. Enton-

ces se ofuscan las luces y desaparecen las reflexiones, porque arrimar la barriga á la mesa, es echar á volar el entendimiento.

De lo segundo tenemos un claro testimonio en nuestra propia experiencia, que por una parte nos presenta implicado en esta profesión, con la distinción de un poco más ó menos, á medio mundo, y por otra nos pone delante de los ojos los daños que resiente la sociedad. ¿De qué otro origen, si no del juego, provienen las quejas de los maestros de las artes sobre las faltas que les hacen sus oficiales? ¿De dónde el que no encontremos muchas veces artesanos, que nos trabajen nuestros menesteres: que cuando se hallan, no entreguen las obras en los días emplazados, ni aún mucho después, extraviando en ocasiones el material que se les ministra: que los abogados y demás ministros de justicia demoren los juicios con notable daño de las partes: que haya en las ciudades y los pueblos, tantos vagamundos que

no tienen oficio alguno: que muchos de los empleados en los destinos públicos, no los sirvan con la eficacia que demandan: que entre los que gobiernan, se encuentren algunos que desatienden sus obligaciones, y no velan sobre la conducta de sus súbditos, y que tal vez no deje de haber entre los sacerdotes quien no llene exactamente su ministerio? Bien que así de éstos, como de los anteriores inmediatos, no hablo, sino que únicamente juzgo posible, se origine del juego. No permita el Señor, que yo hable de otra manera de los jueces, á quienes se asiste especialmente; ni menos me atreva á *juzgar*, como dice San Gerónimo, *á aquellos cuya boca tiene virtud de producir el cuerpo de Jesu-Christo.* [1]

1 Absit a me, ut de iis judicem, qui apostolico gradui succedentes, Christi corpus Sacro ore conficiunt. En Burdalue tom. de Myst. de Christ. Serm. 1. de pasion. part. 2.

REFLEXIÓN V.

El juego corrompe y quita á la República sus miembros.

La riqueza de un soberano, aún más que en la extensión de sus dominios, consiste en el número de sus vasallos. La opulencia de un Estado más depende de la industria de sus habitantes, que de la fertilidad de su terreno. La muchedumbre, pues, y la industria de los vecinos, pero ésta, más que aquella, hacen feliz una población. Holanda, siendo según los cálculos de Hubart,[1] sesenta veces menor que España en el terreno, y como uno y medio respecto de ocho en el número de su gente, rinde con todo en rentas veinte veces más que ella.

A la luz de estas reflexiones, la más

1 Proyecto económico, discurs. preleminar

escasa vista descubre luego que son los individuos el todo de la República, y que dañarla en esta parte, es derribar su edificio por los cimientos. Así lo ejecuta el juego, corrompiéndola y quitándola sus miembros.

¿Por qué otra razón no hay nación culta, cuyo gobierno no haya detestado y visto con horror los juegos de azar, prohibiéndolos bajo las penas más severas? Aunque todos los legisladores se hubiesen concertado en ello, dice Lafitan,[1] no pudieran haber sido proscriptos más universalmente. Sería como emprender numerar las estrellas, el querer referir las leyes de todos los pueblos fulminadas contra ellos; pero puedo citar las prohibiciones de Venecia,[2] y de Francia,[3] y añadir que entre los turcos, son una ignominia digna de castigo, [4] entre los japoneses delito capital,[5] entre

1 Tom. 3. Serm. del juego.

2 Bembus. lib. 1. Venete Historie.

3 Villuart discert. de contract. art. 5. § 3.

4 Joan n. Cuspius lib. de turcarum institutis.

5 Juan Metel, y la Carta Pastoral del Illmo. López Gonzalo.

los griegos tan detestables, que Alejandro Magno reprendió agriamente y castigó á sus íntimos amigos, aun antes de excederse en ellos, por sola inclinación que manifestaron,[1] y Chilón, enviado por Sparta para hacer alianza con Corinto, se volvió sin tratarla, por haber encontrado divertidos con los dados á los príncipes, reputando indecoroso á su patria confederarse con jugadores.[2] En el Derecho romano es constante lo prohiben títulos enteros.[3]

Por lo que respecta á nosotros, nos lo veda el Derecho canónico, tanto á los seculares como á los eclesiásticos, bajo de excomunión á los primeros y de suspensión y deposición á los segundos: penas que se encuentran constantemente fulminadas, comenzando por los cánones atribuídos á los Apóstoles,[4] discurriendo por los con-

1 Plutarch. in Reg. et Imp. Apoph.
2 Platina lib. de optimo cive.
3 Lib. 11. Tit. 5. ff. de Aleatoribus, et lib. 3. Tit. 43. codic. de Aleatoribus et alearum jusu.
4 Can. 41. et 42. relati á Gratiano in Cap. Episcopus 1. Dist. 35.

cilios, señaladamente los nuestros mexicanos,[1] y terminando por las Constituciones Pontificias, en especial la de Benedicto XIII.[2] Nuestro derecho patrio ha establecido en la materia diversas leyes,[3] que conservan ileso todo su vigor y por cuya rectitud deberían ponerse en las manos de todo joven y de todo tahur: en las de éste para que leyese allí su abominación; y en las de aquél, para que viese de antemano y precaviese un

1 Lateran. relatum in cap. Clerici 15. de Vita, et honestate clericorum. Tridentinum Ses. 22. Cap. 1. de reformat. Ilibiritanum Cap. 79. apud Card. Aguirre in colec. Conciliorum Hisp. Mexicanum jum Cap. 50. et Mex. 3um lib. 3. Tit. 5. § 1. Videatur Bened. XIV. de Syn. lib. 11. cap. 10.

2 Innoc. III. cap. Inter dilect. 11. de excces. Prelat. et Bened. XIII. in Bulla que incipit: Credito nobis, data die 12 Augusti, anni 1722.

3 Todas las del tít. 7, lib. 8 de la Rec. de Cast. las que mandan guardar en América las ley. 1 y 7, Tít. 2, lib. 7, y la Ley 74, Tít. 16, lib. 2 de la Rec. de Ind. Ultimamte la Pragmática de Carlos III, de 6 de Octub. de 1771, que se halla al fin del cit. tít. 7, lib. 8 de la recop. de Cast. de la últim. impres. y los Bandos que la renuevan, y recopiló Beleña en sus Autos Acordados.

precipicio, á que lo arrastran sus inclinaciones y lo empujan por su particular interés tantos viciosos, como lo rodean.

La razón de estas prohibiciones es porque al hombre nada lo corrompe más que el juego. Esta voz es la que debería usarse, si se buscase alguna que abrazase todos los vicios. Las Sagradas Escrituras llaman raíz de todos los males á la codicia,[1] y ella reina en el juego. Los Santos Padres abominan los teatros como escuelas del amor profano, y ven los espectáculos como ocasiones de lascivia; pero el juego es la oficina de todo pecado. *Él es,* dice Osorio, *padre de la ociosidad, maestro de la pereza, instrumento de la avaricia, fragua de los fraudes, disipador de la hacienda y de tiempo, olvido de la familia y de los amigos, ocasión de ruidos, pendencias y blasfemias, corrupción de las costumbres, mancha de la dignidad é ignominia insigne.*[2]

1 Radir omnium malorum est cupiditas. Epist. 1, ad Timot. cap. 6 y 10.

2 Lib. 1, de Reg. instit.

El Cardenal Ostiense numera diez y seis vicios, que nacen de él,[1] veintiuno San Antonio de Florencia,[2] y pueden atribuírsele todos, fácilmente, si se reflexionan sus circunstancias.

En aquellos corros, que se forman entretanto se acaban de congregar los socios, como presididos por la ociosidad, se inquieren y descubren las vidas ajenas, se murmura á todo el mundo y se pasa el rato con dichos agudos y sales picantes en detrimento de la fama ajena: el azar del juego provoca á desesperación: la proporción del dinero facilita el desahogo de la torpeza: bajo el pretexto de las vigilias en que se pasa la noche, se fomenta la embriaguez y no se distinguen los días de abstinencia de los que no lo son, como ni tampoco los festivos de los demás, á causa del entretenimiento.

Pero el vicio que es como su esencia, ó más bien el término á que llegan los más de los tahures envejeci-

1 Summ. Tit. de ex æsib. Prelat.
2 Tít. 1, cap. 23, § 6.

dos, es la fullería. Son muy raros los que después de muchos años de profesión, pueden en esta parte mostrar sus manos sin mancha, y meterlas en el fuego sin abrasarse. Por esta razón notó Pérez, que la voz *hurta*, anagrama de la caldaica Tahur que usamos, no varía el sentido.[1] Es verdad que no todos arriban á un mismo grado, siendo muy pocos los que se quitan la máscara de la vergüenza, para presentarse con su cara, haciendo suertes en tan infame maroma; pero los más, no omiten aprovecharse de ciertas ventajas que suele ofrecerles el descuido, ó simplicidad de sus contrincantes, con la excusa de recompensar las trampas, que tal vez les harán, aunque no lo saben, y con opiniones del mismo jaez, que no es mucho se forjen para este fin; cuando la tienen para jugar.

Y después de tanta iniquidad como va referida y de tantos tropiezos que se encuentran en el juego, y por

1 Citado por Bobadilla, lib. 2, cap. 13, núm. 17 de su Política.

donde fatigada la pluma ha tenido que discurrir, ¿habrá todavía quien dude, que él estraga y corrompe los miembros de la República, y que ésta pierde tantos individuos, cuantos son los profesores de aquél? Los que por este medio, de ciudadanos honrados se trasforman en viciosos y delincuentes, ¿no son unos miembros corrompidos de la sociedad? Si el cautiverio es una muerte civil, porque priva á la comunidad del servicio de un hombre, que inculpablemente y tal vez defendiéndola, fué sorprendido de los enemigos, ¿cómo no deberán reputarse por muertos los que voluntariamente se entregan á un vicio que los comprende todos, y que no sólo los hace inútiles, sino también perniciosos á la Patria? Yo á esta llamaría muerte moral: moral, porque estraga las costumbres, y muerte, no sólo porque priva á la República del servicio de una considerable porción de ciudadanos, sino especialmente porque la priva para siempre sin esperanza de recuperarlos.

No es avanzada, aunque lo parece, semejante proposición. Convengo en que el hombre mientras vive, es capaz de reforma; pero sé también, y lo ven todos, que es muy difícil; hasta el extremo de imposible moral, el que el tahur se separe de su ejercicio. No hay segur que pueda cortar unas raíces tan gruesas y tan profundas, como las que echa esta pasión. ¡Cuántos, después de haber consumido sus caudales en el juego y hallarse reducidos á la última miseria, después de una larga experiencia, de los disgustos y pesares que les origina, con todo no lo abandonan! Ya que no pueden ser jugadores, se contentan con ser mirones, ó con servir en los varios ministerios que tiene la profesión, y jamás cumplen las promesas, votos y juramentos que hacen de no jugar.

Sobre todo ¿qué esperanza hay de reforma en los que yacen bajo las lozas de los sepulcros? Pues muchos conduce á ellos este vicio, haciéndolos pasar por la muerte más infame.

Millares de ladrones van á presidio, dice Constantini, *que tuvieron los primeros incentivos á robar por las pérdidas experimentadas en el juego.*[1] Los más salteadores y bandoleros que han cerrado sus días con el último suplicio, no han tenido otro principio. Los vapores crasos que en el calor del juego se levantan para ofuscar la razón, los han precipitado á gruesas pérdidas, en seguida á los robos de los despoblados y caminos, y de allí á los patíbulos y las horcas. No tengo dificultad en afirmarlo, cuando puedo alegar un ejemplar tan reciente, que nadie puede ignorarlo. Aun está humeando la sangre de aquel infeliz Fermín Laviano, cuya vida comenzada por un nacimiento ilustre, la vimos terminar en un cadalso, porque las redes del juego lo implicaron en las de los robos y salteamientos. Igual ha sido la suerte de otros muchos.

1 Cartas críticas, tom. 3 en la del juego.

REFLEXION VI.

El juego daña á los particulares en todos sus bienes y primeramente en el dinero.

Como en un corazón corrompido, cual he pintado el de un tahur de profesión, poca ó ninguna impresión harán los sentimientos de ciudadano y los perjuicios de la República, es menester para despertarlos del letargo con que los tiene adormecidos su pasión, usar de más fuertes sacudimientos, poniéndoles delante los daños que á ellos mismos les origina. Todos sus bienes padecen lesión: los exteriores ó de fortuna, los del cuerpo y los del alma. Y comenzando por los primeros, el que luego se ofrece y debe tratarse antes que los demás, es el dinero. Combatirlos por esta parte es atacarlos en sus mismas trin-

cheras, y dirigir la saeta derechamente al corazón de su pasión, que es la codicia, causa principal de perseverar en el juego, y la más fuerte rémora que los detiene para separarse. Pero no es más que una vana ilusión, que pretendo desvanecer, persuadiéndolos á que lejos de adquirirse algún dinero en semejante ejercicio, se pierde indefectiblemente.

Confieso desde luego que en un congreso de jugadores, alguno ha de ganar forzosamente; de otra manera, ninguno perdería. Convengo también en que volteando incesantemente la rueda de la fortuna, balancea de unos á otros, alternando las ganancias con las pérdidas, y que por consiguiente nadie sabe si le tocarán éstas ó aquéllas: Pero niego que de aquí se puedan fundar esperanzas de adquirir. Esto sería buscar apoyo en un principio, que nada tiene de fijo sino la insubsistencia, y en que no hay cosa cierta fuera de la incertidumbre misma. Por lo propio que el perder yganar se suceden sin guardar ley,

ni regla alguna, ¿qué razón tengo yo para aguardar la ganancia? Y acaso que la logre, ¿qué seguridad de no perder en el momento siguiente, no sólo lo adquirido, sino también lo mío? Aun siendo igualmente contingente la ganancia y la pérdida, debería yo temer ésta: ¿cuanto más siendo, como es, más regular perder que ganar?

Homero[1] pinta á Júpiter con dos toneles á los lados, lleno el uno de los bienes y el otro de los males, los que mezclados entre sí derrama sobre los hombres. Yo creo sería mayor el segundo que el primero: porque vemos son muchos menos los afortunados que los infelices en cualquiera clase de bienes por donde extendamos la vista. ¿Qué comparación tiene el corto número de los ricos con el crecidísimo de los pobres; el de los nobles con el de los plebeyos; el de los sabios con el de los ignorantes; el de los colocados en puestos honrosos, con el de los desatendidos; y el de

1 En el lib. último de la Iliada.

las mujeres hermosas, con el de las feas y disformes? Este orden que invariablemente observamos en todas las cosas, en ninguna resplandece más, que en el juego, como en donde reina únicamente la suerte, teniendo mucha parte en los demás la industria, el valor, la aplicación y el trabajo.

Todos saben (con poca reflexión que hayan hecho sobre el particular) que al levantarse de la mesa de la diversión, son más los perdidos que los ganadores. El juego que tanto se usa entre nosotros, consiste en una pura adivinación; y el hombre está más propenso á errar, que á acertar. Cada uno de los tahures se halla rodeado de enemigos, que se valen de todos medios, sin perdonar, quizá, ni aún los ilícitos, para hacer que pierda. La codicia insaciable que reina en todos, los precipita, según Ambrosio [1], y es causa de que casi siempre sea más lo perdido que lo gana-

1 Citado por Lafitan en el Serm. del juego, tom. 3.

do. Finalmente todo conspira á la pérdida: la suerte, la propensión del hombre, sus compañeros y hasta el mismo deseo y ansia que tienen de ganar: por eso son tan pocos los que lo logran con respecto al número de los perdidos.

Sentada esta máxima como inconcusa, ¿no es una locura la esperanza de adquirir en el juego, y una crasísima imprudencia exponer el dinero en él? ¿Quién se entra en una selva, en que son más las espinas que las flores, ó se aventura por una senda llena toda de precipicios? ¿Quién se atreve á subir á una montaña de donde se despeñan los más, aunque divisen á algunos que han arribado hasta la cumbre? ¿Quién no teme viajar por un camino, en donde hay noticia han robado á muchos; aunque sepa lo han pasado algunos sin caer en manos de los salteadores? Pero ¡qué comparo los riesgos frecuentes con los éxitos felices que se logran rara vez, si se aterra el hombre del peligro, aun en las empresas que casi

siempre prueban bien! ¿Cuántos no rehusan aplicarse aquellas medicinas que han sanado á innumerables, sólo porque en uno ú otro individuo se han desacreditado alguna vez? Pues ¿por qué en el juego se ha de exponer el dinero, siendo más regular la pérdida, que la ganancia?

Aun aquellos pocos reputados por dichosos entre los tahures, porque han ganado muchas veces, deben temer como los demás á la desgracia. En materias que dependen de la suerte, de lo pasado no se puede inferir lo venidero, porque la buena ó mala fortuna, como expresó elegantemente Feijóo [1], no es una cualidad inherente al sujeto que forzosamente hará mañana el mismo efecto que ayer y hoy.

Pero quiero concederles á éstos, y aún todos, que no sólo ganen las más veces, sino casi siempre: con todo en alguna han de perder, y esto basta para que á juego largo se dis-

1 Tom. 1, Cart. 37.

minuya su caudal, porque una sola pérdida extravía más, que lo que se avanza en muchas ganancias. No hay quien ignore que todo tahur es parco cuando le dice bien la suerte, y precipitado si le sopla adversa. La causa que influye efectos tan contrarios es, que está fresco al ganar, pues no hay motivo para que se altere entonces; pero al perder, indispensablemente se acalora, se le exalta la bilis y se ciega, queriendo vencer la fortuna y contrarrestar el azar á fuerza de dinero. Coopera no poco al mismo fin el comercio de los jugadores de habilitarse y prestarse mutuamente; pues en virtud de él, si estás ganando, todos te piden, con lo que te disminuyen las fuerzas para apostar recio y lograr la buena suerte; y si estás perdiendo, te franquean poco á poco una suma crecida de dinero, en que al fin te hallas adeudado, y que tal vez no te hubieras atrevido á perder, si la hubieras visto junta.

Debe añadirse, que la pérdida es cabal; pues nadie ayuda con cantidad

alguna al desdichado que la sufre; pero la ganancia no es entera, pues se va mucha parte en dádivas y baratos, y no poca se pierde en los préstamos que entonces se hacen. Aún más: todos, como es constante, se quedan sin el dinero que pierden (que á nadie deja de hacer falta), y ninguno aprovecha todo lo que gana, pues como adquirido sin trabajo, lo disipa fácilmente. Es condición del corazón humano, no cuidar lo que no ha costado el sudor del rostro: razón por qué en todas las naciones suelen los hijos consumir en breve los más gruesos caudales, que les dejaron sus padres y acopiaron á costa de muchos años y fatigas: ¿cuánto más obrará este principio en el juego, en que el ganador adquiere el dinero en un momento y sin trabajo suyo, ni de sus mayores?

Parece no hay otra cosa que decir para desengañar á los tahures, que el estar más expuestos á perder, que á ganar, y que pocos instantes de pérdida dañan más que horas, y aún

días enteros de ganancia. Pero para no dejarles ni el refugio (á que sólo puede acogerse cada uno), de que tal vez estará reservada para sí la rara fortuna de adquirir en el juego, me avanzo á decir que ninguno gana en él.

Esta paradoja, opuesta al parecer á lo que queda asentado arriba, de que en cada congreso de jugadores alguno gana forzosamente, es un hecho verdadero, que no pugna con aquel principio. En cada junta ó sesión del juego, alguno gana; pero en la colección de todas, ninguno: porque el que gana en unas, forzosamente pierde en otras, y quitando éstas más, que lo que dan aquellas, resulta disminuído el caudal del jugador. De esta manera los tahures en sus ganancias no son sino unos conductos, por donde sin hacer mansión circulan las monedas, ó bien las reciben en depósito, ó préstamo oneroso, para pagarlas después con usura. *El que más gana,* dice el V. Sr. Palafox, *nunca cobra lo que muchas ve-*

ces pierde, porque por el continuo jugar, todo se queda en la casa donde juegan.[1]

Pues ¿qué se hace el dinero? Se disipa en gastos superfluos y perniciosos. Sólo en naipes se invierte una cantidad tan crecida, que asombra, y no se creería, si no constase en los estancos los muchos que se consumen.[2] Son aún más los costos de los tablajes ó casas de juego, con los de los oficiales, mozos, obsequios, velas y demás necesarios, agregándose los excesivos precios, que allí se dan por un vaso de agua, y hasta por el asiento, y lugar, verificándose aquí la extravagancia y exorbitancia de la cuenta de la venta en que cobraron á Wanton hasta la luz y el ruido.[3] Estos son los gastos superfluos.[4] Los

1 Manual de estados y profesiones, cap. 4, núm. 13, tom. 5.

2 En el de esta Intendencia de la Puebla, se ganan de 110 á 120 ps. el año que menos, arribando en algunos á 140, y en otros á 160.

3 Tom. 3, cap. 12 del País de las Monas.

4 Para conocer lo excesivo de éstos, en todo el Reino, y proporcionalmente en cada población, basta la reflexión siguiente:

Si sólo cada mes se jugara, no lo hiciera

perniciosos consisten en lo que se invierte en vicios, y en mantener á los que no tienen otra profesión, y que á carecer de este fomento, por necesidad tomarían alguna ocupación en que se harían útiles á la sociedad.

Bien que ni aun éstos deben reputarse ganadores por eso; pues sólo comen y visten, sin hacer jamás caudal, ni disfrutar ellos ó sus familias, de una comodidad regular de vida, viéndose tan presto abundantes, como escasos, tan presto con esplendor, como sin él: verdaderos cometas del hemisferio político en que tan presto lucen, como desaparecen, y que para calificarse de tales, sobre ser funes-

sino la vigésima parte de los individuos del Reino, y el que más perdiera 4 pesos, habiendo muchísimos que únicamente perdieran 2, otros 1, y otros 4 ó 2 reales, se creería que la pérdida sería una friolera. Pues es el caso de la Lotería pública, en que se colectan en cada sorteo 600 pesos y al año 840. ¿Cuánto más será lo del juego, que es diario, se pierden cantidades incomparablemente mayores, y á mi juicio son más sus profesores que los que entran en la Lotería, la que es útil, porque hace felices á muchos, sin destruir á ninguno?

tos á la República, y de la clase de los caudatos por sus reatos, no les falta ni la alusión del nombre, si se atiende al único fruto que sacan de su ejercicio. Ellos, y cuantos continúan en semejante profesión, al fin del juego en que se sueñan enriquecer, se encontrarán con las manos vacías.[1]

[1] Dormierunt son num suum, et nihil invenerunt omnes viri divitearum in manibus suis. Psalm. 75, núm. 6.

REFLEXION VII.

El juego daña en las alhajas y muebles.

El juego es una especie de fuego, que aunque sólo se ceba en el oro y plata, devora todo lo demás, para convertirlo en el pábulo que lo alimenta. A la disipación de las monedas sigue la de las alhajas y muebles. En este caso el tahur, aun antes de jugar, comienza á perder. Malbarata primero sus cosas para reducirlas á dinero, y luego sacrifica éste al ídolo de su pasión. ¿Quién creería, si no lo viésemos por nuestros mismos ojos, que nada hay reservado para el tahur, cuando llega á faltarle dinero con que continuar su profesión? No perdona á las alhajas de su mayor estimación, ni á los muebles precisos de su casa y su servicio: se deshace de los ins-

trumentos y cosas necesarias de su arte ú ocupación, y hasta de los vestidos suyos y de su familia. La frase hiperbólica de vender hasta la camisa, que usamos, cuando queremos levantar al último punto la exageración, tiene en él un sentido propio, real y efectivo. San Antonio de Florencia hace una graciosa comparación entre los jugadores y San Martín, cuando dió la mitad de su capa de limosna. *Al precepto,* dice, *de la rigurosa suerte de un dado, se deja no solamente la capa sino también la camisa.*[1]

¡Que lo que el hombre no vende aún por su justo precio para pagar sus deudas y mandas, cumplir sus plazos y palabras, sobre todo, remediar las mayores necesidades y urgencias de la vida, haya de malbaratarlo por el juego! ¡Que no teniendo el dinero otro fin, ni apeteciéndose, sino para adquirir con él los menesteres de nuestro uso; hayan de invertir este orden los jugadores, dirigien-

1 Part. 2, tít. 1, cap. 23, § 6.

do los menesteres á la adquisición del dinero! Yo me los comparo á los mineros que se pierden en su ejercicio: porque si éstos se despojan de cuanto tienen en pos de la plata, aquellos todo lo consumen por el mismo fin, siendo en unos y otros iguales los medios y los éxitos, invertir mucho para adquirir poco.

Es sabido que el tahur en el trance, para la mayor consternación y angustia, de no tener monedas que ir á sepultar á los tablajes, se afana, insta, ruega y suplica porque le compren sus cosas en menos de la mitad del ínfimo precio, y en casi nada; como el que vendió su primogenitura en un plato de lentejas. Cualquiera cantidad le parece bastante, porque se promete con ella ganar mucho, lo que después de restauradas sus alhajas lo deje con fondo. Pero ¡ah! que el efecto no llena sus esperanzas, y se queda vacío de uno y otro.

Lo más raro y digno de notarse es que no sólo el que pierde, sino también el que gana, resiente quebranto

en sus muebles y alhajas: aquel vendiendo, éste comprando: aquel porque malbarata sus cosas y éste porque las adquiere á peso de oro. Nunca falta cierta clase de mercachifles, cuyas tiendas son los garitos, sus mostradores, las mesas de juego, y sus ganancias, las más exorbitantes; bajo el título de que reciben poco á poco (aunque en breves horas) la importancia de sus mercaderías: pretexto que no justifica á los otros usureros, aun siendo mayor la dilación de su cobranza y mucho menos su lucro. Meten por los ojos sus efectos, los vuelven de arriba abajo, y del uno y otro lado para mostrarlos á los circunstantes, ponderan su bondad y calidades, y pronuncian en su elogio tales arengas, acompañadas de visajes y ademanes tan patéticos, que hablan más con el cuerpo y el gesto, que con la lengua y los labios, y son capaces de embaucar al más diestro: ¿cuánto más al que enajenado con el juego no les presta toda su atención, y por lo mismo se alucina fácilmente?

Sea por esta razón, ó bien porque, aun conociendo el jugador el excesivo coste á que le venden una alhaja, se le figura asegura en ella la ganancia del juego, como si no hubiera de malbaratarla después en el tiempo de la pérdida; ó ya finalmente, porque entonces ve el dinero á poco más ó menos, como adquirido sin trabajo, él, por último, la compra á duplicado precio de su valor. Aun fuera del juego, con tal que sea de lo ganado, no rehusa dar diez por lo que, en otras circunstancias, no daría cinco.

REFLEXION VIII.

El juego embaraza los ascensos y proporciones de buscar y pasar la vida.

Es cosa muy natural al hombre el apetito de ser. Seréis como dioses, dijo la Serpiente á nuestros primeros Padres, y bastó esta exhortación para que quebrantaran el precepto, así como atropellan innumerables los ambiciosos por obtener los empleos á que aspiran. Con todo este deseo tienen ciertos límites y linderos por donde explayarse, sin vulnerar la Religión y la Justicia. Entrar en los puestos por la puerta del mérito y subir á las dignidades por las gradas de los servicios, es un camino honroso de ser; pero que se cierra enteramente por el juego. No hay carrera en que no embarace los ascensos.

En las eclesiásticas es constante que no pueden ser promovidos los jugadores,[1] porque así lo dicta en ellas y las demás la razón natural. En cualquiera se ofrecen insuperables dificultades y escollos inevitables para un tahur. Si se ocupa en los tribunales, se presenta luego la desconfianza de que abandone todos sus deberes por entregarse al juego: Si se le encarga el gobierno de otros, ocurre el temor de que los corrompa é inficione, abusando de la superioridad: Si se le confiía el manejo de los caudales públicos, hay certidumbre moral de que los gaste y disipe: Si se coloca en un matrimonio ventajoso, su inclinación al juego prepara la ruina de la infeliz joven con quien se enlaza, y la destrucción de una, ó muchas familias: Su profesión, en fin, lo inutiliza todo.

Sus contrincantes la publican, sus protectores desmayan, nadie se atreve á hablar por él, no se encuentra

1 Bobadilla, lib. 2, cap. 13, núm. 18 de su Política.

quien salga por garante de su conducta, sus servicios se desatienden, los superiores lo abandonan, se le prefieren los que él juzgaba inferiores así, se le niegan aún los grados y ascensos á que por otra parte se había hecho acreedor, y se repele muchas veces de la plaza que obtiene. ¡Qué de ejemplares que han pasado por nuestros mismos ojos, podría yo citar, si la caridad no pusiese un candado á mis labios, ni descoyuntase mi brazo cuando se trata de tirar á ventana señalada! Muchos recordará luego á cada uno su fantasía, la que me sirve de relación.

Lo que no debo omitir es, que á más de inhabilitar el juego para los puestos y empleos, frustra los demás conductos de pasar la vida. En la labor, en el comercio, en cualquiera giro se necesita quien habilite, quien fíe, quien dé la mano; y no hay quien haga estos oficios por un tahur. Todos desconfian justamente de su conducta y no se resuelven ni á tratar con él. Los mismos jugadores no po-

nen sus intereses en manos de otro jugador, porque saben por experiencia propia, lo que por discurso y reflexión conoció la célebre poetisa francesa Antonieta de la Guardia: *Que no es tan fácil, como se piensa, ser hombre de bien y jugar grueso.*[1]

Aun es más negra la nota, con que Alfonso el Sabio les da en cara á los jugadores, y por la que se justifica la desconfianza que de ellos tiene todo el mundo. Sus palabras deben transcribirse á la letra, y son dignas de imprimirse en la memoria de los hombres. *Ca todo ome,* dice, *debe asmar, que los tahures,* y los bellacos, *usando de la tahurería, por fuerza conviene que sean ladrones, é omes de mala vida.* [2]

¡Qué honrosa definición!

1 En Feijóo, tom. 2, Cart. 7, núm. 5.
2 Ley 6, tít. 14, part. 7.

REFLEXION IX.

El juego daña en las amistades.

La amistad, que Sócrates prefería á la posesión de los demás bienes,[1] que Cicerón reputó el mayor don que los mortales han recibido de los Dioses,[2] y el Eclesiástico llamó remedio de la vida y de la inmortalidad,[3] aquella virtud que duplica el gozo en la prosperidad, disminuye la pena en los infortunios, y multiplica á un individuo en otras tantas personas, cuantos son los amigos verdaderos: ésta sufre mortales golpes y padece sensibles quiebras en el juego, consideración que sola, debería hacerlo odioso entre los hombres. No necesito para persuadirlo usar de dilatados discursos, ni buscar de lejos las

1 Apud Erasmum, lib. 3, Apoph.
2 Lib. de Amicitia.
3 Cap. 6, núm. 16.

pruebas, cuando él mismo las ministra sobreabundantes.

La amistad es un lazo, que ata los espíritus, conformando entre sí las voluntades; pero si éstas tiran por rumbos encontrados, rompen la coyunda y disuelven la amistad: de tal oposición de efectos es un manantial perenne el juego. Si los amigos no siguen la misma profesión, ¿cómo han de poder convenirse con un tahur? La amistad verdadera, como indistinta en el fondo de la caridad, es paciente y sobrelleva los defectos y flaquezas; pero no tolera los vicios que se la oponen y la destruyen enteramente. ¿Qué sociedad podrá haber entre lobos y corderos? ¿Ni qué amistad entre un hombre que piense con rectitud y juicio (cual debe ser un buen amigo), y un jugador, cuyas costumbres forzosamente corrompe su profesión? [1]

No es menester levantar la consideración hasta el orden de la gracia,

1 Arriba en la Reflex. 5.

aun hablando de tejas abajo, y obrando un hombre por solas las luces de la razón, no puede conformarse con un tahur. Sparta rehusó la alianza de Corinto por la nota de jugadores, con que estaban manchados sus príncipes, y por la misma causa Augusto César fué despreciado de los suyos.[1]

Quien sigue este ejercicio, ¿á qué oficio no faltará de la amistad, cuando se olvida hasta de sí mismo? Dejará de ver á un amigo muchas veces de las que deba, no lo servirá cuando necesite de su auxilio, lo cansará con repetidos préstamos, que le serán gravosos por el fin á que se dirigen de fomentar una pasión; lo enfadará con resistir los consejos, que es fuerza le dé, sobre que abandone su profesión, y desesperado al fin de su enmienda, se avergonzará de asociarse con él y le dará de mano, porque á los tahures, ninguno de los que no lo son los ven bien, ni llevan en paciencia.

Mas demos que los amigos sean ta-

1 Beyerlinc Verbo Alea.

hures también: entonces es más difícil se conformen las voluntades. El espíritu de codicia que anima á unos y otros, no puede desahogarse sin lesión de la amistad. Irán y se sentarán juntos en los tablajes; pero estarán muy distantes unos de otros sus deseos: se ofrecerán y prestarán mutuamente su dinero; pero apetecerá cada uno barrer con todo. Sentirá éste la ganancia del otro, si ella comprende también á sus monedas; y se alegrará de su pérdida, si cede en su favor: finalmente el calor del juego, que no da lugar á ninguna reflexión, hará se falten á cada paso en infinitas menudencias, que excitarán repetidas quejas y resfriarán del todo los afectos.

Las mejores amistades que se han conservado largo tiempo, no duran mucho, si se prueban al crisol del juego. Los mismos tahures reconocen que allí es el puesto donde se ven más infidelidades é inconsecuencias, y cualquiera lo conoce, si medita su espíritu, naturaleza y circunstancias,

contrario todo á la amistad. La sentencia común de que él es la piedra de toque de las gentes, tiene lugar con los que juegan de cuando en cuando, y con todos en los principios antes de corromperse; pero no con los que lo hacen de profesión. Ella exige que todos sean enemigos en el puesto, que no es sino un combate en que pugnan los unos con los otros: ¿cómo, pues, es posible que allí mismo sean amigos?

Perdidas por el juego las verdaderas amistades, entran á reemplazarlas las que allí se adquieren, que es un segundo daño. Más valdría quedarse sin ningunas, que ocupar el hueco de las buenas con las malas que las suceden. ¡Cuántas veces un vecino de calidad y distinción, tiene que avergonzarse de hablar en público con un bribón, ó con un gabacho, que lo obligó en el juego, y que se complace en lucir su familiaridad! Cuántas se halla precisado á interponer por él, sus respetos en asuntos tan bajos y ruines como su dueño! ¡Y cuántas tiene que

sufrir por esta causa las zumbas y escarnios de los de su clase, á más de ser á sus espaldas el blanco de las sátiras y murmuraciones del pueblo!

Y aunque las amistades sean entre iguales, como no tienen más fundamento que el interés, ni se terminan á las personas, sino al dinero, no producen otro efecto que un comercio incómodo y gravoso, ni tienen más valor, como decía Solón[1] de los amigos de los tiranos, que el de los números en el arbitrio del contador, que según sus diversas posiciones, unas veces valen mucho, otras poco y otras nada. Si los han menester, se los meten por el alma y se derraman en expresiones; éstas se disminuyen á proporción que aquella necesidad, y cesan del todo, faltando ella. Con los amigos del juego se usa el mismo manejo que, según Diógenes,[2] observó Dionisio con los suyos, esto es:

1 Apud Laertium, lib. 1, cap. 3.

2 Apud Brusonium, lib. 1, cap. 3, utitur ut vasculis, dum plena sunt, evacua; et vacua abjicit.

Se tratan como á vasos de poco valor, si están llenos se vacían; y si están vacíos se arrojan. ¡Qué vileza tan indigna! ¡Qué amistades tan detestables!

REFLEXION X.

El juego varía la bella índole, ó genio.

Aquel adagio vulgar, que equiparando el genio con la figura, enseña, no se separa del hombre, sino en los bordes del sepulcro; si se le da un sentido literal, como parece se entiende comunmente, se falsifica por la experiencia y la razón. Por la experiencia, porque sabemos, que Sócrates, siendo de un genio violento, precipitado y brutal, llegó á reformarlo enteramente: por la razón, porque ella dicta, que ni la religión, ni la naturaleza prescriben imposibles, y lo serían, supuesta aquella máxima, muchos de sus preceptos, que pugnan con innumerables genios. Ni se diga que la ley sólo nos prescribe los actos opuestos al genio, los que,

conservándose éste, pueden ejercitarse aunque con violencia: porque muchas veces ordena la misma inclinación contraria, como consta del amor del enemigo.

Yo, pues, concibo que el adagio se dirige á explicar dificultad; pero no imposibilidad de mudar la índole. Ello no es sino aquella propensión, nacida de la particular disposición de cada uno, que lo inclina más á unas acciones que á otras, la que llega por fin á variarse por la repetición de actos contrarios. De este modo digo que la deteriora el juego, transformándola de buena en mala; y de mala en peor.

¿Qué metal hay tan sólido, que resista á repetidos golpes del martillo; ó qué peñasco tan duro, en quien no abra agujeros, ó canales la continuación del agua que le cae encima, ó se desliza por él? Cualquiera reflexionará que muchos sujetos, opuestos naturalmente al juego, y que sólo por fuerza entraron en él, se habitúan después de tal manera, que la aversión se

convierte en inclinación que los arrastra. El mismo efecto se experimenta en el genio puesto en el taller del juego, cuyos incesantes golpes son contrarios á lo que llamamos bella índole, por lo que no es mucho la varíe.

Allí son frecuentes los motivos de indisposición nacidos, ya del azar, ya de las impertinencias de los tahures: es necesario enojarse contra ellos á menudo, y manifestárselos, para poner freno á sus bellaquerías, que no tendrían límite, á conocer se les sufrían: es menester muchas veces contener y moderar aún las expresiones de urbanidad, porque no abusen de ellas: es preciso á cada paso estragar el pudor y cortesía, que embaraza avergonzar á un hombre cara á cara, ó bien negando lo que se pide, ó ya cobrando lo adeudado: y es inevitable á cada momento revestir el semblante de un aire melancólico, ropaje propio de un ánimo pensativo y angustiado. La multiplicación de estos actos va adormeciendo, ó borrando poco á poco el buen genio, al mismo

tiempo que hace más y más vivaces las inclinaciones contrarias, cuya fuerza para conmover al alma crece de día en día, hasta convertirse en costumbre y naturaleza.

Entonces desaparece la bella índole, y el tahur es otro hombre del que solía. De afable, se vuelve áspero y duro: de cortés, grosero é insufrible: de placentero y alegre, triste y macilento: de decidor y chistoso, taciturno y desabrido: de tolerado y sufrido, indiscreto é imprudente: de manso, en fin, y pacífico, iracundo y desesperado, que de nada se altera, no oye razones y mira como ofensas aún los favores mismos. Porque pasa una mosca se irrita, reconviene si no lo saludan y se agravia si lo hacen: regaña por lo bueno y por lo malo, en una palabra (impaciente en todos instantes) nada le parece bien, y le enfadan hasta el sol y el aire.

¡Qué cadena tan dilatada de desastres la que sigue á esta variación de genio! ¡Cuántos infelices se hacen partícipes de los disgustos que les ori-

gina su profesión, y pagan inocentes lo que no han causado! Todos los sinsabores del juego, y aun cuando no los hay, los malos efectos de un genio depravado y brutal que allí mismo se ha formado, se desfogan en quien no tiene culpa, y lo que es más, se le suele atribuir ésta por unos principios traídos muy de lejos y que sólo en una razón ofuscada pueden servir de basa á unas consecuencias tan disparadas. ¡Qué vida la de aquella mujer con su marido, la de aquellos hijos con su padre, la de los criados con el amo, la de todos los domésticos y aun vecinos con un jugador impertinente, que no habla otro idioma que el de la ira, ni tiene más semblante que el de la cólera!

Yo podría añadir que todo esto recae sobre no atender (como antes de su vicio) las necesidades y urgencias de su familia, transformándose de liberal, en ruin y tacaño; pero no hay quien ignore, que esta es la primer mudanza que causa la profesión, y ya dijo Aristóteles: *que ningún ju-*

gador es liberal, porque se versa en una torpe negociación, que no anima otro espíritu que la codicia y el más sórdido interés.[1]

1 Aleatores, fures, et latrones esse iliberales, eo quod in turpi lucru versentur, et omnia faciant questus causa, lib. 4, Ethic. cap. 1.

REFLEXION XI.

El juego perturba el reposo.

Uno de los más poderosos alicientes del juego es el deleite y complacencia que se busca en él. Yo juego, dicen muchos, por divertirme y tomar algún desahogo de mis tareas; y lograrían sin duda este efecto, en los moderados que permite la ley; pero jamás lo conseguirán en los excesivos y prohibidos. Confieso que éstos se les presentan en los principios como una ninfa de extraordinaria hermosura, cuyas gracias lo seducen, y por lo mismo es necesario advertir á los incautos, que su belleza es aparente, y que, quitada la máscara de deidad, no son sino una furia infernal, que en vez de solacear y recrear, inquieta y perturba el reposo enteramente.

¿Qué vida más arrastrada que la de un tahur, en quien ni la tarde y la mañana, ni el día y la noche, ni la comida y la cena, ni el sueño y la vigilia guardan un orden regular, siendo irregular aún el desorden mismo? Unas veces duerme de noche; otras de día, en unos madruga y en otros lo visita el sol en su lecho desde su mayor altura: hoy come muy temprano; mañana muy tarde: á veces la siesta sigue á la comida, á veces la precede: ayer no tomó alimento en todo el día; hoy lo toma repetidas ocasiones: ya es su manjar lo primero que se encuentra; ya lo más exquisito y delicado, aunque lo mismo es uno que otro; pues estando siempre de prisa, más engulle que come, y así no toma sabor á las viandas.

Esta inquietud exterior no es más que indicio de otra mayor que abriga el corazón y agita al espíritu. Durante el juego es el corazón del tahur una veleta á quien soplan sucesivamente diversos vientos, ó una pelota

con quien juegan los afectos, tirándola de unos á otros sin cesar. El temor y la esperanza, la alegría y la tristeza, la ira y la desesperación, mil deseos y cuidados, mil zozobras y palpitaciones lo incitan y combaten. Tan presto se alienta, como se acobarda: tan presto se modera, como se perturba: tan presto habla demasiado, como entra en muda: tan presto alaba, como maldice á su suerte, y muda más semblantes que Proteo figuras. Durante el juego *está su espíritu,* dice San Francisco de Sales, *atado y oprimido con perpetuas inquietudes, aprensiones y congojas.*[1] ¿Podrá esto llamarse tranquilidad y descanso? Pues aun no es todo.

Concluído el juego, una pronta despedida y una salida precipitada, son la primera señal de la rabia, que interiormente lo despedaza. Mientras duraba la sesión, mitigaba el dolor de la pérdida, la esperanza de que en cada momento podía voltear la fortu-

1 Introducción á la vida devota, cap. 32.

na y desquitarse, para lo que se valía de mudar asiento, variar naipe y barajarlo de diversos modos; pero fuera del tablaje se desvanece aquella esperanza, y fría ya la herida, siente todos sus ardores.

En las calles, casi no ve por donde pisa, ocupado el pensamiento en hacer sus cuentas y tirar medidas para cubrir las deudas que contrajo. Entra en su casa sin hacer caso de nada, ó regañando por todo. Quisiera desnudarse con la ropa de las ideas que lo oprimen; pero ellas lo asaltan hasta la cama. Da incesantes vueltas debajo de las sábanas para coger el sueño, que tarda mucho más que otras veces en ocupar sus ojos. Un vuelco del corazón lo despierta de mañana, siéndole ya entonces la pérdida más sensible, y como una lápida sepulcral que tiene encima, cuyo peso agrava la fantasía, representándole á su puerta los acreedores, para cuya paga no tiene tal vez reales algunos, ó aunque los tenga, se le hace dura la exhibición.

No quiero añadir la aflicción que suele acompañarlo, de no tener ya dinero con que continuar, y la solicitud en buscarlo, basta para oprimirlo sin estos agregados, la amargura de la pérdida. Esta es una saeta que lo atraviesa por donde quiera que va: discurre desasosegado de una á otra ocupación sin insistir en alguna, porque en nada halla consuelo: su espíritu se ve rodeado de mil ideas funestas, de que no puede desprenderse: el mismo conato de borrarlas y divagarse á otros objetos, las imprime más, representándole vivamente con todos sus lineamientos y colores, los lances, las personas y las más menudas circunstancias de su desgracia: por más que quiera apartar la vista interior, siempre tiene estampadas en su fantasía las cartas y figurillas, como un naipe desparpajado sobre una mesa, y entonces suele formar dictamen y promete dejar el juego, lo que aunque no cumple, es prueba clara de su angustia.

Semejante escena se repite muchas

veces; aunque en unas es más trágica que en otras. Una sola catástrofe debería escarmentar á los tahures, ¿cuánto más los muchos que experimentan, siendo más regular perder que ganar? Sobre todo, ellos mismos es fuerza hayan observado que más pesar causa una pérdida que gusto una ganancia igual. Por eso sienten perder lo ganado tanto como lo propio, y ganar lo que habían perdido, no les hace la mayor impresión, como lo denota aquel semblante y despejo con que dicen entonces: no he hecho cosa, tomé desquitarme: de suerte que si no salen con lo que habían ganado, se dan por perdidos; y si restauran lo que habían perdido, no dicen que ganaron. La razón de esto es, porque como los anima la codicia, que es insaciable de por sí, cualquiera avance les parece corto y no llena sus deseos, al mismo paso que la menor pérdida se les figura insoportable. Esta es la razón que luego se ofrece; pero yo he procurado profundizar más y

me parece he encontrado la radical y fundamental.

En los afectos y pasiones son más fuertes las que tienen por objeto al mal, que las que se ordenan al bien. La ira que no tiene contraria es la más activa de todas, la tristeza más que la alegría, el odio que el amor, el temor y la desesperación que la esperanza y audacia, el llanto que la risa, y el dolor que la delectación. Parece que así lo requiere la calidad de desterrados y delincuentes con que habitamos en un valle de lágrimas, y que dos causas cooperan á producir este efecto. La primera es que los bienes de esta vida no son verdaderos; y sí son verdaderos males los que nos rodean. La segunda, que los afectos que se dirigen al bien, son convenientes y conformes al movimiento del apetito; y le son repugnantes y contrarios los que tienen por objeto al mal, como dice Santo Tomás.[1] Es verdad que el mismo San-

1 Prima sec. q. 37 á 4.

to enseña, que el amor es más fuerte que el odio[1] y la delectación más apetecible que detestable la tristeza;[2] pero no habla sino atendida la razón genérica y abstraída de los objetos, en cuanto que el bien, como ente positivo, debe ser más activo que el mal, que es una mera privación, confesando allí mismo, que el odio es más sensible que el amor y la tristeza que la delectación.

Resulta, pues, de todo lo expresado que, siendo la ganancia del género del bien; y del mal, la pérdida, debe originar ésta más disgusto que gozo aquella. ¿Y después de esto se mirará todavía como recreación y descanso un ejercicio, en que son más en actividad y número los sinsabores que los regocijos? Terrible desatino llama á esto el V. Sr. Palafox, hablando de los garitos y jugadores, de quienes continúa: *salen rabiando, y dicen que se entretienen.*[3]

1 Prima sec. q. 29 á 3.
2 Prima sec. q. 35 á 6.
3 Pastor de Noche Buena, cap. 18, núm. 5, tom. 5.

No niego que allí se abstrae el hombre y arrebata enteramente; pero como es con zozobra, inquietud y perturbación, más es trabajo que descanso: como recoge toda su atención, lo ocupa y fatiga más que lo entretiene, y como es con desagrado, no lo divierte; sino que lo separa con violencia de los demás objetos, como lo haría un dolor agudo que sintiese en cualquiera de sus partes.

REFLEXION XII.

El juego estraga la salud.

Que la salud del cuerpo se quebrante por la continuación del juego, se ve luego en los semblantes de los tahures de profesión. Los más de ellos, flacos, chupados y descoloridos, más parecen cadáveres que vivientes, y la primera idea que manda su presencia es la de una salud estragada y consumida. A no ser así, yo tendría sus cuerpos por de bronce, ó de diamante, porque su ejercicio debe arruinar todas las fuerzas de la naturaleza y atraerles las enfermedades y dolencias. La vida desarreglada, la agitación continua de las pasiones y la aflicción de espíritu son otras tantas causas que conspiran á este fin.

¿Cómo podrá conservarse la salud en medio del desorden? Las causas

naturales es fuerza que obren. La vida sedentaria, la uniformidad de postura (las más veces incómoda), las malas comidas tomadas á deshora y sin gusto, tantas noches pasadas en perpetua vigilia y el bochorno continuo de un excesivo calor que originan los hálitos y vapores de diversos cuerpos, inficionando al mismo tiempo el aire que se respira, es preciso perturben el equilibrio de los humores y desconcierten una máquina de tan delicados resortes, como el cuerpo humano. Lo menos que causan, son reumas, catarros, fluxiones, dolores de muelas, corrimientos y constipados; muchas ocasiones: calenturas malignas y tabardillos; otras por arrebatarse el calor á la cabeza, desamparando el estómago, causan crudezas é indigestiones, que engendran el humor melancólico, origen de innumerables enfermedades, [1] y siempre abrevian insensiblemente los días de la vida, marchitando la flor de la edad

1 Allen in Sinopsi Medicinal, cap. 3, núm. 402 et 403.

y anticipando las sombras del sepulcro.

La agitación continua de las pasiones, obra aún más que el desarreglo, para desentonar la naturaleza. A todos los afectos del ánimo corresponde en el cuerpo cierto movimiento, ó alteración, que se manifiesta aún en lo exterior, y por el que leemos muchas veces en los semblantes lo que pasa allá dentro del alma. De los gemidos y suspiros inferimos la tristeza y el dolor: del aplaudir con las manos y dar saltos, la alegría: de voltear la cabeza con arrugado ceño á la vista de un objeto, el desagrado que causa: de la dulce risa y estrechos abrazos, el amor: de encenderse el rostro, la ira, ó vergüenza: de la palidez y temblor de miembros, el susto y temor, y así de los demás. El movimiento interior, como que es causa del que aparece afuera, es más activo, alterando principalmente la sangre, los espíritus animales y el corazón. Este se comprime ó dilata según la diversidad de afectos, y aquellos apresu-

ran ó retardan sus cursos, varían sus giros á diferentes partes, y unas veces se atropan al corazón, poniéndose otras en precipitada fuga.

Tan varias mutaciones, originadas de la multitud de afectos que incesantemente alternan en el juego, como queda expuesto en la anterior reflexión, es preciso dañen á la salud. No es necesario consultar la medicina: la razón natural desnuda de sus conocimientos, lo persuade. No es el cuerpo humano más duro que el marfil, y los repetidos movimientos y golpes de una bola en el truco la acaban y consumen. Santo Tomás reflexiona que aun los afectos que se ordenan al bien, y por consiguiente son conformes al apetito, pueden ser nocivos por el exceso, los que ven como objeto al mal por su misma especie, y así concluye: dañan todos los de este género, como el temor y desesperación, y sobre todos la tristeza. [1]

1 Passiones que important motum apetitus cum fuga, vel detractione quadam, repugnant. Vitalimationi, non solum secundum

Pero prescindamos de la alteración que causan en el cuerpo, correspondiente á cada una de las pasiones, y demos que son conformes á la salud; siempre es innegable, que afligen el ánimo en el juego, lo que basta para que él sea un origen fecundísimo de enfermedades. El espíritu es la parte principal del hombre, y su íntima unión y comercio con el cuerpo hace que redunden á éste sus afecciones, en aquella manera de que es capaz según la distinción de ambas substancias: de suerte que lo que en el alma, como espiritual, es angustia; en el cuerpo es achaque, ó dolencia.

Muchos médicos, sabios (en la dirección de sus enfermos, para sanarlos), han atendido principalmente á refocilar el corazón y alegrar el ánimo. «Galeno (dice el marqués de San «Aubin) refiere que curó muchas en«fermedades, calmando la agitación

quantitatem; sed *etiam* secundum speciem motus, et ideo simpliciter nocent, sicut timor, et desperatio, et pre omnibus tristitia. Prima sec. q. 37 á 4.

«del espíritu, y poniéndolo tranquilo. «El asegura que el método de Escu«lapio, era poner cuanto podía de buen «humor á los enfermos, excitarlos á «reir, distraer su imaginación de la «enfermedad con canciones, músicas «y otros géneros de recreaciones, de «su gusto. Asclepiades hacía consis«tir la Medicina en todo lo que era «capaz de lisonjear la naturaleza.» [1] Luego por el contrario, ¿no la enfermará lo que la repugna, lo que pone al hombre de mal humor, fatiga su imaginación, perturba su sosiego y agita su espíritu con incesantes angustias y aflicciones? ¿Y no son éstas el fruto que produce el juego, ó como una perenne lluvia que los riega? ¡Jugadores infelices! no cerréis los ojos á un golpe de luz, que os manifiesta el precipicio de caer en la sepultura: retirad luego el pie, que tenéis extendido hacia ella.

1 Tratado de la opinión, tom. 3, lib. 4, cap. 4.

REFLEXION XIII.

El juego quita el honor.

Siempre se ha reputado por menor pérdida aún la de la vida, que la del honor, y es tan estimado, que él es el que alienta en los peligros, infunde valor en la campaña, sostiene en los trabajos y anima todas las tareas y empresas de los hombres. No es posible para describirlo, recoger los apotegmas que han esparcido los sabios en un campo tan dilatado. Santo Tomás[1] lo define: *Testificación de la excelencia de otros:* palabras que lo explican con la mayor claridad y comprenden cuanto le pertenece. Es, pues, el fundamento del honor la propia excelencia, su requisito, el que ésta se reconozca y aprecie por los demás, y su esencia el testimonio que

1 Prima secundæ, q. 2 á 2.

dan de este conocimiento y aprecio con las señales y demostraciones que tributan. Y ved aquí lo que quita el juego á sus profesores. Ellos, en primer lugar, pierden el crédito y estimación, no les hacen las demostraciones y reverencias que corresponden á su carácter y empleos, y ellos mismos destruyen su excelencia envileciéndose.

No hay nota que más infame, que la de tahur. Su idea y la del desprecio son inseparables. Aun los que no fondean toda la maldad que encierra este nombre, se horrorizan al oírlo pronunciar, porque en globo y en conjunto la conciben odiosa y detestable. No hay prendas que la contrapesen; pues las más realzadas se enlodan y manchan con ella. Los mismos tahures tienen en poco á los demás, haciéndose cada uno la gracia de no comprenderse en el común, ya porque no juega tanto como otros, ya porque no usa de trampas, ya porque busca principalmente la diversión y ya porque lo precisa á ello su

pobreza. Razones todas fútiles, como cuantas alegan para justificarse, de las que parte quedan ya impugnadas y seguirán impugnándose en adelante.

Mas permitámosles que son legítimas sus disculpas, lo cierto es que el público no las califica de tales y que, sea el que fuere el motivo de cultivar el juego, con justicia ó sin ella, lo mira con desprecio y son infames en su concepto los jugadores. En materias que tocan al crédito y la fama (como que no existen sino en la opinión de los hombres) dañan hasta sus errores: y es menester precaverlos, si se quiere tener aquel cuidado del buen nombre que encarga el Eclesiástico.[1] Sea, pues, error ó sentencia verdadera, el mundo ve mal el juego, lo que basta para que en él se pierda la estimación, y que su mancha no pueda lavarse con agua alguna, ni tenga más remedio que quitarla.

1 Curam habe de bono nomine, cap. 41, v. 15.

Coopera también para el descrédito lo que los tahures abultan las ganancias y pérdidas de los otros, extendiendo la voz de que perdió quinientos (por ejemplo) el que sólo perdió ciento. Cuando ésto cae en sujeto que maneja caudal ajeno, ó de quien se sabe no tiene tanto que perder, no puede menos que inducir mal concepto de su conducta. El aumento de la ganancia puede dañar, si se atribuye á quien está precisado á algunos gastos, ó pagas que no hace, porque efectivamente no ganó lo que en el caso se echa á la parte de poca gana, ó falta de hombría de bien.

Perdida la reputación es consiguiente falten también las demostraciones de respeto y cortesía. Los que no son tahures, huyen la compañía y trato de los que lo son, porque no se juzgue piensan como ellos: se avergüenzan de hablarles en público, y se lastiman de que con su vicio ajen sus circunstancias. De los jugadores es sabido cómo tratan en el puesto á la persona más caracterizada. La natu-

raleza exige allí el desprecio y desatención. Porque el respeto que se tributa á un hombre de circunstancias, nace del concepto que se tiene de él, el cual, aunque es obra del entendimiento, depende en mucha parte de las ideas que se forma la fantasía. Nos imaginamos á los hombres grandes, de otra especie, los vemos de otro color, y hasta las miserias de la naturaleza nos parece no tienen lugar en ellos. Semejantes fantasmas se desvanecen con la íntima familiaridad del juego, y con verlos igualados con los demás, de lo que es consiguiente se rebaje el concepto, y por lo mismo el respeto y veneración. Si la mucha comunicación, aunque sea decorosa, origina menosprecio, ¿cómo no lo causará la que degrada, cual es la del juego?

En efecto, el sujeto más distinguido hace allí un papel despreciable. Este no le quita el sombrero, aquel le voltea la espalda, el otro le pasa el brazo por delante del rostro, quien lo empuja y quien le dice una liber

tad, ó lo desaira y avergüenza. ¿Y qué diré en el caso de que le hayan prestado algún dinero? Si no lo paga prontamente ¡qué dominio adquieren sobre él! ¡qué bochornos los que le hacen sufrir! ¡qué ejecución y groserías en la cobranza! ¿Y que haya quien habiéndolo experimentado, no abandone al punto la profesión?

Pero ¡qué mucho, si cada tahur es el primero que se desprecia á sí mismo! Confesemos que no hay jugador que no se abata y envilezca. Para recibir esta investidura, parece se desnuda de todas sus preeminencias. La calidad, el nacimiento, la dignidad, el puesto, la sabiduría, el poder, todo desaparece, y de todo se olvida quien no se acuerda sino del dinero. Por él se iguala con todos, se humilla á los ínfimos y tolera á los atrevidos. Con razón dijo Alverico[1] que los jugadores son reputados por viles personas, y San Antonio de Florencia: que no hay vicio, que infame ni

1 Citado por Bobadilla en su Polítíca, lib. 2, cap. 13, núm. 18.

envilezca tanto á los hombres, como el juego.[1] ¿Qué honor puede haber en donde no reina sino la más vil de las pasiones, que es el interés?

Por esta causa, hasta en los concursos en que todos los jugadores son personas de distinción, aunque la buena crianza cercena mucho de aquellas acciones propias de la falta de educación, siempre padece el honor. El juego en cuanto llega á ser excesivo, deja de ser diversión (para la que basta una apuesta moderada), y pasa á interés y codicia. Esta hace que no se atiendan distinciones ni preeminencias, y que ninguno guarde su decoro, ni mucho menos el de los otros. De aquí resulta que se falten mutuamente á la atención debida, se pierdan el respeto y destruyan el honor. ¡Oh, y cómo si conocieran los jugadores todo el valor de tan preciosa joya, bastaría esta reflexión para separarse de su ejercicio!

1 Part. 2, tít. 1, cap. 23, § 6.

REFLEXION XIV.

El juego pierde el tiempo.

Ninguna de cuantas pérdidas origina el juego, ni todas juntas las que van referidas, son comparables con la del tiempo. La pluma misma se estremece al tocarla, y tropezando en horrores, discurre con languidez, cuando yo la quisiera tan rápida y penetrante que hiriese los corazones. Sólo teñida en esa sangre, de que únicamente pueden formarse lágrimas dignas de tanta pérdida, la expresara con viveza. Pero ¡qué importa, si en este punto hablan los sabios de todas naciones y de todas las edades! De sus dichos unánimes se levanta una voz poderosa, á que nadie puede cerrar los oídos.

Ella nos dice: que el tiempo es el único bien que poseemos y está en

nuestra mano: que es el más precioso de todos: que es el de que tenemos más necesidad: que hemos menester suma vigilancia para disfrutarlo, porque corre rápidamente: que su pérdida es irreparable, porque el día que pasó no retrocede jamás, sucediéndose las horas y momentos, como las olas de un río, en que cada una empuja á la anterior, al mismo paso que es impelida por la subsecuente: y que es brevísimo, comparado con lo que requiere cualquiera profesión; pero mucho más con la eternidad, respecto de la cual es como la sombra que se disipa. Por eso el Apóstol, aun en las cosas necesarias, no quiere que se inviertan sino los instantes precisos, usando con tal prisa de todo lo del mundo, como si no lo usáramos, porque pasa velozmente su figura.[1] De estos principios se deja caer por su propio peso la con-

1 Qui utuntur hoc Mundo, tanquam non utantur. Preterit enim figura hujus mundí. Epist. 1 ad corint, cap. 7, v. 31.

secuencia forzosa, de que es la mayor de todas la pérdida del tiempo.

Pero ¿por qué se le ha de imputar al juego principalmente? ¿No lo disipan los hombres en otras innumerables ocupaciones vanas y superfluas? Sí efectivamente; pero el juego lo consume sobre todas. En éstas es más por vicio del hombre, que de ellas mismas; en aquel, al contrario, en sí mismo consiste el defecto, aún más que en el hombre, y si éstas lo disipan, aquél puede decirse con verdad que lo devora. Son dignas de desentrañarse estas dos reflexiones, de las que la última no sé cómo pueda meditarse sin conmover.

Yo tengo al juego por la ocupación más nociva al tiempo, porque es sin duda la que más embelesa, haciendo se le rindan las otras pasiones. En las demás diversiones, ó, por mejor decir, distracciones del hombre, gasta el tiempo que se había predefinido; pero en el juego consume más del que pensaba y quiere, porque tiene ciertas redes ocultas que lo detienen, sin

poderse desprender, aun cuando lo intenta. ¿En qué otra ocupación se gastan tres, cuatro y más días con sus noches, sin interrumpirla aun para comer, como en el juego? ¿En cuál se estraga más el régimen de las funciones todas de la naturaleza? ¿En qué otras se desatienden tanto, y aun se olvidan las obligaciones más serias y precisas del ministerio de cada uno, cuando más urge su desempeño? ¿Y por cuál se ha visto no ocurrir prontamente el marido á un dolor que le avisan ha dado á su mujer, ó el padre al socorro del peligro de muerte de sus hijos? De las demás diversiones, unas son propias de las mujeres; otras de los hombres; unas de los viejos; otras de los mozos; unas de los plebeyos y los pobres; otras de los nobles y los ricos; unas de los de un genio; otras de los de otro; pero el juego arrebata á todos el tiempo sin distinción de sexos, ni de edades, ni de nacimientos, ni de facultades, ni de genios.

Aun más: las otras diversiones qui-

tan el tiempo distrayendo; pero no ocupando enteramente al hombre; pues lo dejan desembarazado para discurrir y pensar. ¡Cuántas veces aun en las pecaminosas, como las murmuraciones, conversaciones obscenas, espectáculos, bailes y comedias se hacen reflexiones serias, se siguen largos discursos y se saca instrucción en muchos puntos! En ellas, el hombre se maneja como tal, aunque no se porte como cristiano; pero el juego lo abstrae del todo, embarga sus potencias, en nada piensa, de nada se acuerda, no es capaz de discurso, no es ya hombre, ni aún sensible, pues parece transformado en piedra. «¿Qué «se hace el alma (pregunta un sabio «escritor de nuestros tiempos) cuan«do sin cesar se da vuelta á una car«ta? ¿Se creería que el jugador se «materializa, que se encadena, que se «hace un simple animal, que sólo sabe «mover las manos y los ojos?» [1]

Y á esto, ¿qué podrá añadirse? Que

1 Citado en la Carta Pastoral del Illmo. Señor López Gonzalo, fols. 62 y 63.

el juego no sólo disipa, sino que devora el tiempo. Lo devora, no tanto porque consume enteramente el que gasta, ocupando todos sus instantes; sino porque consume también hasta el que no gasta, cercenando mucha parte del futuro. De tal manera abrevia los días de la vida, que el que (según el curso natural) había de vivir veinte años, suele, por causa del juego, vivir solos quince, ó diez. No hablo ahora por las causas naturales de las enfermedades que contraen: tomo de más alto origen esta doctrina y digo: que por disposición divina se suele abreviar la vida de los jugadores.

Consta en la Escritura, que Dios muchas veces disminuye á los pecadores el tiempo, que habían de vivir naturalmente. Así se abrevió la vida de los reyes Baltasar[1] y Sedecias:[2] de ciento y veinte años, que era la vida del hombre antes del diluvio, se cer-

1 Daniel, cap. 5.
2 Ezech., cap. 21.

cenaron veinte:[1] David afirma que los inicuos no llegarán á la mitad de sus días:[2] y los expositores dirigen á este sentido, el lugar de San Pablo,[3] en que encarga redimir el tiempo, entendiendo por esta expresión, que no demos lugar á que se nos disminuya por nuestras malas obras.

Supuesta esta doctrina, ¿de qué otro vicio, se puede esperar más que del juego, semejante efecto? El Señor castiga con penas proporcionadas á los pecados, como á los reyes ambiciosos, quitándoles, ó dividiéndoles los reinos, y la diminución del tiempo á nada se proporciona tanto como al juego, que es el pecado que más se le opone y consume. Y si no redimen el tiempo los que absolutamente obran mal, por lo que se hacen dignos de privarse de él, ¿cuánto más acreedores serán á este castigo, y

1 Gens., cap. 6.

2 Viri sanguinum, et dolosi non dimidiabunt dies suos. Psalm. 54, v. 23.

3 Epistol. ad Ephesios, cap. 5, v. 16 et ibi. Alapide.

cuánto menos lo redimirán los que obran mal, disipándolo y consumiéndolo? Tales son los jugadores de profesión.

REFLEXION XV.

El juego se opone á la salvación.

La salvación es el objeto que debe ocupar toda la atención; no obstante la fragilidad humana, es un peso, que abate los vuelos del corazón para elevarse sobre la tierra y dirigirse á su verdadera felicidad. La mayor parte de los hombres han ceñido el círculo de sus eficaces conatos y deseos al de sus efectos y pasiones. Emprender separar á éstos del juego, poniéndoles delante la bienaventuranza, es querer que un niño en pos de un sabio libro, pero de aspecto desagradable, abandone la fruta ó los juguetes. Tal consideración excusaba la reflexión presente, á no constarme hay entre los tahures algunas personas de inclinación piadosa, y aun devotas y timoratas por genio, las que no dudo

dejen el juego, si llegan á persuadirse se opone á su salvación. A estas es á quienes principalmente se dirige, siendo respecto de los demás como un dedo funesto, que refrigera sus ojos y desbarata las telarañas que en ellos tienen, para que vean con claridad la malicia y reato de su vicio, haciéndose menos excusables en su prosecución. Demanda este asunto por su gravedad dos parágrafos diversos.

§ I

El juego es pecado mortal.

Como el juego tan presto puede ser objeto de la Eutropelia, como pábulo de una pasión reprensible, no admiro que, versándose los jugadores entre los confines del vicio y la virtud, confundan sus linderos, y sean tantos los que se forman una moral particular, con que dorar su ejercicio. Su corazón, aun más que su discurso, les sugiere dictámenes para canonizar hasta los juegos excesivos, encontran-

do apoyo en no pocos sujetos, que se suponen instruídos y deberían serlo por profesión; pero que en realidad no han fondeado la materia. Los Padres de la Iglesia son los oráculos, que deben consultarse en cualquiera punto concerniente á las costumbres.

Se encontrarán muchos que no traten la materia; pero no hay uno solo que la toque y no condene semejantes juegos. San Juan Crisóstomo los llama: obras del demonio;[1] San Antonio de Florencia, compañía diabólica, y la más abominable;[2] y San Francisco de Sales, por sí mismos, y de su naturaleza, malos y torpes.[3] San Raymundo de Peñafort,[4] San Cipriano,[5] y Santo Tomás[6] expresamente los declaran pecado mortal; y

1 Non dat Deus ludere,.sed Diabolus. Hom. 6, in Math.

2 Part. 2, tít. 1, cap. 23, § 6.

3 Introducción á la vida devota, cap. 32.

4 Peccatum eorum, qui alee deserviunt, est mortale, lib. 2, summe, tít. 2.

5 Ne luseris alea, ubi lusus nocibus est, et crimen mortale, in tractatu de Aleatoribus.

6 Excesus in ludo est peccatum mortale, Seca. sece. q. 168 á 3.

«gría no puede dejar de ser injusta; pues «no se puede tener; si no es con la pérdi-«da del placer del compañero.» [1]

Sé muy bien, que Silvio, y otros teólogos, gradúan únicamente de pecado venial la codicia del juego; pero no me parece se debe hacer el mismo juicio de la falta de caridad. Ella es como el corazón de las virtudes, y por lo mismo son más graves los vicios, que se la oponen, que los que pugnan con las demás: al modo, que en el cuerpo la enfermedad, que tal vez no es de consideración en los miembros, en el corazón es mortal. El solo no querer el bien al prójimo, aunque sea enemigo, es pecado grave contra la caridad, ¿cuánto más el desearle y causarle mal? Y aunque haya excusa para esto en materias justas, ó necesarias, como el que da pesadumbre á otro con la adquisición del empleo que le es debido, jamás podrá excusarse quien se versa en una cosa, que

1 Introducción á la vida devota, cap. 32

no sólo no es necesaria, sino detestable por su misma naturaleza.

Que el juego sea de esta clase, ya lo vimos expresado por San Francisco de Sales, con quien concuerdan gravísimos teólogos[1] y lo persuade la razón, pues desdice de ella, ya porque consiste en acciones nocivas, ya porque disipa enteramente la gravedad del ánimo, ya finalmente porque no guarda las debidas circunstancias de todo acto humano, de ser conveniente á la persona, al lugar y al tiempo, que son las tres condiciones que, según Santo Tomás, requiere la Eutropelia.[2]

Si él no pugnase con el Derecho Natural, era imposible que todas las leyes, que no tienen otro norte, hubiesen convenido universalmente en prohibirlo con severísimas penas, como excomunión, suspensión, multas,

1 Genet. Theol. moral, tom. I, tract 6, cap. 4, q. 2. Natal. Alex. lib. 2. Theol. Dogm. cap. 5, reg. 4. Concin, tom. 7, Theol. Christ, lib. 3, dissert 4, cap. 15. Pontas Verbo Ludus, casu 3.

2 Secunda secunde q. 68 á 2.

cárceles, destierros, presidios é infamia; lo que es un nuevo argumento de ser pecado mortal, como notaron San Antonio y San Raymundo, siendo regla invariable entre los teólogos, deducir de la gravedad de las penas, la de los pecados.

Pero aun cuando nada de lo dicho fuese cierto, lo que quiero permitir á los jugadores: es constante que los juegos de azar y de envite, y el exceso en cualesquiera otros, se condenan por nuestras leyes, las que vedan absolutamente su uso á toda clase de personas. ¿No es este suficiente fundamento, para que tales juegos, á lo menos entre nosotros, sean pecado mortal? ¿Habrá quien pueda excusar de esta nota, la trasgresión de las leyes, impuestas por las potestades superiores, á quienes, según San Pablo,[1] debemos vivir obedientes y

1 Omnis anima Sublimioribus potestatibus subdita St.... ideo necesitate subditi estote, non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam. Epist. ad Rom. cap. 15, v. 1 et 5.

sumisos? Permítase enhorabuena que nada tenga de malo el juego; pero con todo, está prohibido por el soberano, y se comete culpa grave en no obedecerlo, especialmente en una materia que toca al bien público.[1]

Ni queda el efugio de que estas leyes se hayan inveterado, ó abolido por costumbre contraria. Se han renovado muchas veces, y últimamente por la Pragmática ya citada de Carlos III, que han reiterado repetidos Bandos del Gobierno, el que hasta el día cela sobre este punto, y sorprende á cada paso á los jugadores en los garitos. Esto convence que no hay aquel consentimiento tácito del superior, que indispensablemente requiere la costumbre, para prevalecer contra la ley. A más de que falta el principal requisito de ser racional, útil y honesta, cuando, por el contrario, es perniciosa. No hay corruptela ni desorden que no pueda canonizarse, si el abuso

1 D. Thom. Prim. sec. q. 96 á 4, et est Sententia communis.

del juego se gradúa de costumbre, é ignora sin duda la esencia de ésta quien diere á aquel semejante nombre. Es digna de leerse la Decretal de Inocencio III, en que refuta la excusa de ser costumbre el juego.[1]

Pues, ¿qué tantas personas, instruídas muchas y timoratas, como se mezclan en los juegos prohibidos, habremos de juzgar que todas pecan? Confieso que el argumento, aunque de fácil respuesta, me embaraza. No es difícil su solución, porque con concederlo todo, está contestado: para lo que no hay dificultad en lo moral, cuando la multitud de los que practican cualquiera acción, no la quita la malicia que por sí tiene, la que es independiente del corto ó crecido número de los que la ejercitan; y el mismo Evangelio nos enseña que el camino que conduce á la perdición es

1 Excusationem predictam, que per pravam consuetudinem, que corruptela dicenda est, paliatur frivolam reputantes, cap. inter dilectos 11, de exces. Prelat.

el más trillado.[1] En lo que me embarazo es en dar razón en lo físico, de que sea tan común el error de no ver como pecado el juego.

Me parece que en unos la ignorancia; en otros la falta de reflexión y en todos la pasión al juego son el fomento de sus dictámenes. Una práctica común es una nube que ofusca los mayores entendimientos: contra el torrente de un pueblo, nadie pára la consideración, lo que se tendría á delito: se venera como una autoridad irrefragable: se cierra la puerta á cualquiera rayo de luz que se asoma para descubrir la verdad; y se da entrada al más frívolo pretexto que adula las propias inclinaciones.

Por este principio buscan algunos apoyo en aquellos teólogos benignos, que atemperándose á nuestros deseos con la sana intención de excusar pecados, no numeran entre ellos al juego. Pero su autoridad, aunque respe-

1 Speciosa via est, que ducit ad perditionem, et multi sunt, qui intrant per eam Math. cap. 7, v. 18.

table, ¿podrá en esta materia contrapesar á la de los cánones de la Iglesia, los Santos Padres, los legisladores de todos los pueblos, los sabios de todas las naciones, aun gentiles y otros muchísimos teólogos, que abominan el juego, como grave crimen opuesto á la razón natural?

Pero lo cierto es que ellos mismos, aunque contrarios en la apariencia, si se fondean, favorecen nuestra sentencia. La razón en que se fundan, es porque tienen al juego por justo y lícito, atendido el Derecho natural, con tal que guarde las debidas circunstancias.[1] Una de ellas es que los jugadores puedan disponer libremente de las cantidades que exponen, y ésta falta en los juegos excesivos.

Porque, ó se pierde en ellos lo necesario para la propia subsistencia y de la familia; ó bien lo sobrante y superfluo. Si lo primero, nadie puede disiparlo y malgastarlo, sin obrar contra la caridad: razón porque priva el

1 Videatur Ferraris, verbo Ludus, núm. 56.

Derecho á los pródigos de la administración de sus bienes. Si lo segundo, como que debe invertirse en limosnas por precepto natural y divino, no puede defraudarse de ellos á los pobres, que son sus verdaderos dueños. Ni se diga, entra en lo necesario á la decencia del estado, lo erogado en honestas recreaciones, porque no son de esta clase los juegos excesivos, aunque es verdadera la máxima alegada. De cualquiera modo se violan las leyes naturales, pues se obra contra la caridad propia ó del prójimo. ¿Habrá quien diga que la caridad no es de Derecho natural?

§ II.

El juego apareja restitución, que es muy difícil hacer.

Nadie duda, aún entre los tahures, se debe restituir lo ganado á los hijos de familia, menores, mujeres casadas, religiosos y generalmente todo aquello en que interviene ventaja ó trampa, que llamamos fullería. Esta

es una obligación de Derecho natural, que ningún teólogo ó jurista se ha atrevido á controvertir. Ni una palabra es necesario hablar sobre este punto tan trillado en los autores y tan sabido por los jugadores mismos. Lo que acaso los sorprenderá y graduarán de opinión exótica, antes de pesar sus fundamentos en las balanzas de la razón y del Santuario, es, que aun lo que ellos llaman bien ganado, y absolutamente cuanto se adquiere en los juegos prohibidos, arrastra tras sí el reato de restituir. No soy el primero que lo digo: Santo Tomás [1] y San Buenaventura [2] están terminantes en la materia, y los sigue una turba respetable de teólogos de primer orden.

Los que parece militan por la contraria, y son en la mayor parte los mismos, de quienes ya explicamos antes el modo con que sostienen, no es pecado el juego, hablan atendido el Derecho natural, que no prohibe

1 Secunda sec. q. 32 á 7 ad secundum.
2 Lib. 4, Sent. 15, Dist. q. 1 á 2.

su adquisición, y el positivo de los romanos, que interpretan, condena sólo á la restitución después de la sentencia del juez, pero convienen en que en los países, cuyas leyes municipales anulan la adquisición del juego, obliga restituir.

Las nuestras, tanto canónicas como civiles, claramente y sin dejar ocurso á interpretación alguna, irritan la translación de dominio: las primeras, por estas palabras: «*Restituyan lo que* «*así ganaron,*»[1] y las segundas por estas cláusulas terminantes: «*Declaro* «*que los que perdieren cualquiera cantidad* «*á los juegos prohibidos, ó la que excediere* «*del tanto, y suma señalada en los permi-* «*tidos*.... no han de ser obligados al «pago de lo que así perdieren, ni los «que ganaren, han de poder hacer «suya la ganancia por estos medios «ilícitos y reprobados.»[2]

¿Y qué podrá decirse contra una decisión tan expresa? Ella, no está derogada por otra posterior, ni ha

1 Conc. Mex. 1.°, cap. 50.
2 Pragmática de Carlos III, núm. 8.

prevalecido costumbre contraria: no habla de lo mal adquirida á la luz del Derecho natural, por razón de fullería, ó de ganarle á quien no tiene dominio en lo que pierde; sino de aquello que, por no intervenir estas circunstancias, se llama ganado limpiamente; y no hay un autor siquiera, aun de los laxos, que excuse de restituir á los que están sujetos á una sanción de esta clase. ¿Diremos acaso, que no nos obligan nuestras leyes ó que carecen de autoridad para modificar, reprobar ó anular nuestros contratos?

Aquí se desvanece aquel argumento aquiles, de que se sirven los tahures para excusarse de restituir, tomado de que el juego es un verdadero contrato, en que convienen las partes, ceda á favor del vencedor lo que ambas exponen. Digo que se desvanece enteramente, porque aunque el juego es contrato, es un contrato ilícito y reprobado; como la usura y simonía, á quienes por lo mismo no favorece la razón de contrato. Ni tiene lugar la instancia que puede hacerse con la prosti-

tuta, cuyo lucro es válido aunque sea ilícito el acto con que adquiere: porque el Derecho reprueba éste, sin anular la adquisición; pero en el juego, á más de detestar el acto, irrita la traslación del dominio.

Añadir que siendo cada uno libre para donar absolutamente sus cosas, puede hacerlo bajo la condición del evento futuro del juego, y que en él (supuesto no ignoran los tahures las leyes que lo prohiben) interviene el tácito convenio de no restituirse, ó perdonarse mutuamente lo que el Derecho previene se restituya, es hablar sin conocimiento de la donación, del dominio y del pacto. De la donación, porque debe ajustarse á las leyes, que la modifican y anulan, en varios casos, como consta de la que se hace por razón de nupcias, que es inválida, si excede la décima de los bienes del marido; y así nadie puede donar sus cosas bajo la condición de la suerte del juego; porque ésta es una donación que el Derecho reprueba. Es hablar sin conocimiento del dominio, porque

(según la definición de los juristas) es una facultad de disponer de las cosas, si no se opongan la ley ó convención,[1] y en el juego prohibe el Derecho ceder los bienes á favor del que gana; y así para este efecto no aprovecha el dominio que se tiene en ellos. Finalmente, es ignorar la naturaleza de los pactos y contratos, porque no pueden salirse un punto de la raya, que el Derecho les prescribe y que es la pauta por donde deben regularse. Las leyes que prohiben adquirir por el juego y mandan restituir lo que en él se gana, prohiben también los contratos que se oponen á este fin. De otra manera, los convenios de los particulares podrían hacer ilusorias las leyes y pactarse no restituirse ó perdonarse lo ganado por el juego, no es otra cosa que convenirse en no obedecer la ley, que ordena la restitución.

Pues ¿en qué se distingue lo mal ga-

1 Jus de re corporali perfecte disponendi, eamque vindicandi, nisi lex, vel conventio obstet.

nado, preguntaría alguno, de lo bien ganado, si uno y otro debe restituirse? La diferencia, insinuada ya de antemano, consiste en que la obligación en lo primero nace del Derecho natural; y en lo segundo del positivo. Es más fuerte aquella que ésta, y se extiende aquella á todo juego; limitándose ésta á los prohibidos; pero ambas estrechan y compelen á la restitución, la que provenga de una ó de otra, si no se verifica, embaraza la salvación. ¡Qué terror debe sobrecoger á los que aspiran á ella, especialmente si consideran la dificultad que hay de restituir lo que se adquiere en la profesión!

¿Quién es capaz de conocer á fondo á todos los concurrentes en un garito, para distinguir si son personas que no pueden perder? ¿Quién puede llevar una cuenta escrupulosa de lo que gana á éste ó á aquel, mayormente cuando los tahures no hablan palabra de verdad en este punto? ¿A dónde se ha de ir á buscar á tantos sujetos, como allí se presentan, que nunca se

han visto, ni se vuelven á ver jamás? ¿Qué cabeza hay para retener, ni qué guarismos para sumar y partir las cantidades procedidas de tantas ventajas y fullerías, hechas á innumerables individuos? ¿Y quién de los que así juegan, podrá jamás, ni aun saber lo que otros han ganado por su causa y cuya restitución le obliga en defecto de ellos?

Pero lo que parece más duro, sin que la dureza le quite la certidumbre, y que comprende á los que juegan limpiamente es, que después de perder y salir sin un medio del juego, se saca las más ocasiones el reato de restituir. Para librarse de él, era necesario, lo que raras veces acontece, que en todos los instantes se mostrase la fortuna con semblante airado; pero no hay tahur que durante la sesión, aunque al fin salga perdiendo, no tenga algunos intervalos en que sopla favorable la suerte, y con eso echa sobre sí la carga de restituir. El dinero en aquellas idas y venidas, con que fluctúa entre los jugadores y circula por

sus manos, aun más que ensucia á éstas, mancha á las almas y las grava á la restitución. Si tú ganas cinco á Pedro, diez á Juan y veinte á Antonio, y todo esto, con lo que traías, te gana Francisco, sales perdido, y quedas obligado á restituir: cinco á Pedro, diez á Juan y veinte á Antonio, pues que les ganaste otro tanto. Es verdad que esta misma cantidad debe restituirte Francisco; pero si él no lo hace, no por eso te libertas tú de la obligación que contrajiste, si no es que quieras condenarte, porque él se condena.

Un ejemplo dará bastante claridad á la materia. El salteador que robó á un caminante su caballo, á otro sus armas y á otro sus vestidos, está obligado á restituirles su importe, aunque todo se lo quitara después otro bandolero. ¿Habrá quien absuelva á aquel, antes que cumpla con la carga que se echó, por el pretexto de que á él no le restituye el segundo? El caso es idéntico con el del juego, y el reparo que podía hacerse de que no se reputa

ganado, sino lo que se saca concluído el juego, y así el que sale sin nada, nada debe restituir; no tiene lugar respecto de los que pierden en unas sesiones lo que habían ganado en otras. Y aun hablando de una sola, lo más que puede obrar es, que si pierdes lo que habías ganado, no quedes obligado, sino en defecto del que llevó el dinero: lo que es preciso decir, aunque no sea sino porque éste no sabe, ni debe saber á quiénes ganaste lo que él á ti. El haber tú sido medio para su ganancia, te hace partícipe de lo mal habido y te pone en aquella obligación.

Pero si ésta es imposible se cumpla por las razones expuestas, es preciso concluir, dirá alguno, que no habiendo medio entre restituir ó condenarse, es casi imposible la salvación de los tahures, consideración capaz de inducirlos á la desesperación. Lo que debe responderse á este reparo es que la Teología moral franquea mil caminos á la restitución en los casos de dificultad, los que puede cada uno consultar

á sus directores. Pero debe advertírseles para su instrucción, lo primero, que obliga restituir cuanto se gana en los juegos de azar ó de envite, y en los demás lo que excede en el perdido la cantidad de treinta ducados, que es la que únicamente permite la ley antes citada, y corresponde en nuestras monedas, á la de diez y seis pesos, cuatro y medio reales y trece maravedís; y según el Bando del Exmo. Sor. Dn. Matías Gálvez, en un día natural, no se pueden perder sino diez pesos, los que se entienden doblados, en los que poseen caudales cuantiosos.[1] Lo segundo que al que (sabiendo la obligación y dificultad de restituir, con todo) juega, fiado en los medios que franquea el moral, es de temer no le aprovechen, como que no vale la Bula de composición al que (en confianza de ella) usurpa los bienes ajenos. Ni es de hacer fuerza que en este caso quede obligado á un imposible;

1 Beleña Aut. Acord, tom. 2, núm. 48. Y es conforme á la ley I, tít. 2, lib. 7 de la Recop. de Ind.

pues en lo que toca á las costumbres, puesto voluntariamente un inconveniente, por necesidad se sigue otro, como dice Santo Tomás.[1]

¡Qué dureza la de toda esta reflexión! ¿Y quién será capaz de leerla? [2] Confieso lo primero; pero no está en mi mano suavizarla: prevengo lo segundo, y no me da pena, pues he cumplido con escribirla, lo que me creí obligación, cuyo desempeño intento únicamente. ¡Qué complacencia la de publicar la verdad y llenar cada uno sus deberes! No hay mayor recompensa para las tareas de los mortales.

1 Prim. Sec. q. 19 á 6 ad secundum.

2 Dusun est hic sermo, ¿et quis potest eum audisce? Joan c. 6, v. 61.

REFLEXION XVI.

Los daños del juego desvanecen cuantos pretextos se alegan para no apartarse de él.

Los perjuicios del juego, que ninguno de los tahures deja de conocer en el todo ó en parte, deberían fastidiarlos; pero su ciega pasión los precipita á buscar su ruina en él: semejantes á aquellas mariposas que no cesan de voltear al rededor de la llama, cuyos ardores experimentan perdiendo, ya una ala, ya un pie, sin escarmentar por eso, hasta que por último perecen. Para paliar tan viciosa inclinación, que nadie confiesa, se buscan pretextos que alegar para no dejar la profesión, los que es preciso combatir con los daños mismos que les origina.

La diversión es la primera rama

de que se agarran. Las ocupaciones serias, dicen, requieren algunos intervalos, las fuerzas del espíritu y del cuerpo necesitan para rehacerse de alguna recreación, y aun es virtud el buscarla. Pero ¿quién dijo que ésta no se encuentra en los juegos permitidos, y que son capaces de producirla los excesivos, que en vez de recrear, perturban el reposo? No hallar gusto, si no se atraviesan gruesas cantidades, es señal clara de que no es la eutropelia quien dirige las acciones, sino la codicia, cuyo fomento se busca. Una apuesta moderada basta á llamar y mantener la atención en un tiempo regular, y la delectación en las tareas de la vida es, se-según Aristóteles, como la sal en los manjares, que un poco de ella es suficiente para sazonarlos.[1] Lo demás es romper el vicio los diques de la virtud, disfrazándose con su nom-

1 Parum de delectatione sufficit ad vitam quasi pro condimento, sicut parum de sale sufficit in cibo. Apud Billuart, disert 6 de contract, art. 5, § I.

bre, y es llamar diversión á la ruina misma.

Pero si el juego no se toma por ocupación, sino que se ejercita de cuando en cuando sin abandono de las propias obligaciones, y entre personas honradas, será sin duda un entretenimiento honesto, aunque medien crecidas cantidades, y á lo menos los juegos prohibidos, siendo moderada la apuesta, nadie podrá condenarlos á pecado, pues es materia que admite parvedad. Así se explican muchos jugadores, cuyo sentir no me parece conforme á la razón. En cuanto á lo primero, los juegos excesivos, aunque se ejerciten de tarde en tarde y con las precauciones insinuadas (sobre ser casi indefectible el enviciarse en ellos, porque la pérdida empeña en aspirar al desquite y la ganancia da valor y despierta la codicia), como causan, aunque de tarde en tarde los daños, que hemos expuesto, no pueden llamarse diversión. Las acciones malas (como el juego, aunque no sea sino por la nota de culpa mortal) no

dejan de serlo, por hacerse sólo de cuando en cuando.

Por lo que respecta á la parvedad de materia en los juegos prohibidos, se la admiten algunos teólogos, y no encuentro embarazo en aquellas personas timoratas, que muy raras veces lo ejecutan y están penetradas de los daños del juego; pero no creo debe entenderse generalmente en toda clase de personas. En las más es muy corriente el tránsito insensible de la apuesta moderada á la excesiva, no habiendo tahur que haya comenzado exponiendo cantidades gruesas. Innumerables sujetos arreglados é irreprensibles, de este modo se han hecho jugadores, con admiración de los que antes los conocían. Sobre todo, en los que han tenido costumbre de jugar grueso, la más mínima cantidad que apuesten, es ocasión próxima de pasar á más; como para el goloso un plato lleno, aunque tenga intención de tomar sólo unos bocados, y para el borracho, una botella, aunque no intente sino un trago.

Destruído el pretexto de la diversión, que es el más especioso de cuantos se alegan, quedan arruinados los demás que no pasan de fruslerías. Quién dice que la necesidad lo precisa á jugar, porque no tiene otro modo de buscar el real: quién que es indispensable contemporizar con los amigos y otras personas de respeto, á cuyo obsequio no puede negarse; quién que huye de la nota de insociable y mezquino, con que se le degrada cuando rehusa el juego, y quién que lo consume la tristeza y no tiene otra cosa en que pasar el tiempo. ¿No merecen semejantes excusas, impugnarse seriamente?

Si todo el que juega pierde y se embaraza en las proporciones de buscar la vida, su misma necesidad debiera separarlo de la profesión, para cuyo fomento no bastan los más crecidos caudales. A más de que si no hace suyo lo que adquiere, su pobreza no puede excusarlo para jugar, como no lo excusa para saltear en los caminos, pues no hay más diferencia

entre uno y otro que el peligro y trabajo que se impende en lo segundo. Si el juego se opone á las amistades y trato civil, el mismo querer conservar los amigos y manifestarse sociable, empeñan en no contemporizar en esta parte y huir las ocasiones arriesgadas á tan detestable obsequio. ¿Serán amigos verdaderos los que exigen un sacrificio tan costoso? ¿Y será mayor mal incurrir en el concepto de unos hombres corrompidos, la nota de miserable, que perder el honor que absolutamente quita el juego?

Ultimamente, si la tristeza se quita con la agitación de espíritu, con la amargura y con la perturbación de afectos, convengo en que el juego es su mejor remedio, y si alguno tiene tan sobrado el tiempo que desea perderlo, en nada puede disiparlo más. Pero decir que no hay otra cosa en que ocuparlo, es el mayor dislate. ¿Basta acaso la vida más larga para tantos delitos como cada uno tiene que expiar, tantas obligaciones que cumplir, tantas pasiones que sujetar?

Pero no quiero levantar el vuelo arriba de nuestros techos. Sin acordarme de la Religión, ni aún de las ocupaciones civiles correspondientes al estado y profesión de cada uno, descubro mil sendas en que entretener las horas dulcemente.

¡Qué mayor recreación, que la de un libro divertido, en que se trasporta el alma á objetos muy diversos de los que nos rodean y transmigra por los países más distantes! ¡Qué inocentes delicias las de la música, que halaga al oído suavemente convirtiendo las horas en instantes! ¡Qué agradable espectáculo el de las arboledas, prados y florestas, en cuyos paseos se consume el tiempo sin sentir! Qué ratos tan sazonados los de la conversación con los amigos, que es el verdadero pábulo del espíritu! Y ya que haya de ser el juego la materia de la recreación, ¡cuántos no permiten las leyes, capaces de solazar sin dar en los escollos de los prohibidos! No busquemos el dulce en el acíbar, cuando hay tantas flores de que poder extraerlo.

REFLEXION XVII.

El juego es el vicio más dañoso.

Las acciones son vituperables á proporción del vicio que encierran, pues de esta voz se tomó aquella según S. Agustín.[1] No obstante cuando llegan á ser muy comunes en un pueblo, aunque retienen en sí toda su maldad, no aparecen con ella en el concepto de los hombres. Naciones enteras no ven como torpes el robo, el dolo, la crueldad y otros defectos, á cuya práctica se han acostumbrado. De este modo se ha dorado y aun canonizado el juego entre nosotros; á pesar de su apoteosis, cualquiera que se desprenda de la preocupación en que ha vivido, no podrá menos que confesar, es el vicio más nocivo.

1 Lib. 3 de Libero arb., cap. 14.

Si se mira por su oposición á las virtudes, pugna con la principal de todas que es la caridad.[1] Si se regula por los pecados capitales, es su esencia la codicia, que es uno de los mayores. Si se reflexiona en su género, por lo mismo que incluye á la codicia, debe numerarse entre los espirituales, que son más graves que los carnales.[2] Si se atiende á los preceptos que quebranta, se contraría á todos los quince de Dios y de la Iglesia, á unos inmediatamente por sí y á los demás por sus agregados.[3] Si se busca su objeto, es la ruina del prójimo, cuya sola alegría se detesta en los proverbios.[4] Si se consideran sus reatos, trae como el que más, el gravísimo de la restitución, y de una restitución muy difícil de hacer,[5] sin faltarle las censuras de la Iglesia.[6]

1 Reflexión 15, § I.
2 D. Thom. Prim. Secundae, q. 73 á 5.
3 Reflex. 5.
4 Qui ruina letatur alterius, non erit impunitus, cap. 17, v. 5.
5 Reflex. 15, § 2.
6 Reflex. 5.

Si se inquieren sus sujetos, ocupa todas las potencias y sentidos, abstrayendo al hombre de todo: si sus requisitos, se ejercita en todos tiempos, es de todas las edades, y no distingue de personas, ni de sexos, cuando estas circunstancias en los demás son otras tantas exclusivas, que los limitan, declinando los más, y aun apagándose en la vejez: si sus proporciones, no le son obstáculos el pudor y vergüenza, como á los otros vicios, por el salvoconducto que le franquea su misma universalidad y la capa de virtud con que se presenta: y si sus efectos, daña á la república y á los particulares en todos sus bienes, cuando los otros pecados no acarrean sino un perjuicio parcial.

Pero lo que hay que admirar es, que no teniendo los vicios conexión alguna entre sí, antes bien contrariándose muchos,[1] sólo al juego ninguno se le opone; sino que á todos abriga.[2] Lo que hemos dicho desde

1 D. Thom. Prim. seconde, q. 73 á 1.
2 Reflex. 5.

el principio que todos le ceden, no excluye su fomento, sino que explica su primacía. Aunque todos nacen de él, de tal manera descuella entre ellos, que se deslucen en su presencia: así como á la vista del sol se opacan los demás planetas, no obstante que comunica la luz á todos.

¿Y habrá todavía que añadir á lo dicho? Sí, y á mi entender lo más funesto, que es el vicio más incurable, al mismo paso, que el más contagioso. De la prueba de uno y otro, me releva la experiencia, y se ofrece luego á cualquiera la razón de lo primero. La ganancia da atrevimiento, y no acobarda la pérdida por la falsa esperanza del desquite; y así los mismos lances del juego, sean prósperos ó adversos, empeñan más y más en su prosecución. Para lo segundo son sobradas razones las que ya hemos expuesto, de equivocarse este vicio con la virtud, lo que le facilita sus progresos, y de estar más precisados sus profesores que los de otras pasiones en seducir á los demás, porque

el mismo ejercicio requiere muchos socios. Pero hay todavía otra razón más fuerte y poderosa.

El mecanismo moral con que las pasiones de los unos inficionan á los otros, consiste, según Feijóo,[1] en el directo incitativo del mal ejemplo y en la remoción del prohibente que es el pudor, porque él en todos es un freno que los reprime y que se quita enteramente, cuando ven reinar entre aquellos con quienes viven, el vicio á que se inclinan. Estos principios en ninguna pasión obran tanto como en el juego. En las demás es más fácil practicarlas en secreto y mantenerlas ocultas; pero es imposible en el juego, que necesariamente requiere publicidad y multitud de compañeros que, sin poderles tapar la boca, difunden luego la noticia.

Por esta razón jamás puede ocultar esta profesión el padre á los hijos, el marido á la mujer, el amo á los criados, el superior á los súbditos ni in-

1 Tom. 5, Cart. 5, núm. 7.

dividuo alguno á sus conciudadanos. De ahí es que se propague tanto su contagio y que lo veamos ya, no sin lágrimas de los buenos, tan extendido, que ha envuelto á personas de todas clases y que no hay concurrencia que no se reduzca á él. Si es un banquete ó refresco, la sobremesa es el juego: si es un baile, ha de haber junto á là sala de la música una pieza destinada para él: si es una tertulia, él ha de ser la ocupación, y si se obsequia á un personaje ó se hace una función, aunque sea de iglesia, con él se solemniza forzosamente. No admiro sean tantos y tan repetidos sus estragos.

Los tengo á vuelta de mil reflexiones, grabados en lo más profundo de mi corazón. Este he abierto de par en par en el presente discurso. Si alguno fijare en él la vista, aun más que de la tosquedad de mis pinceles, se desagradará del monstruo delineado. ¡Infeliz del que no saque un horror provechoso de tan disforme pintura!

APÉNDICE

DESCRIPCION GEOGRÁFICO-HISTÓRICA

DEL

PAIS DEL JUEGO,

á semejanza de la del reino de la poesía
que se halla
en el primer tomo de la Miscelánea
de piezas escogidas de elocuencia y poesía.

SITUACIÓN Y EXTENSIÓN DEL PAÍS.

El país del *juego* confina por el Oriente con el de la *Eutropelia:* por el Sur, con el de la *ociosidad*, de donde le soplan los vientos que lo calientan: por el Occidente, hacia donde tiene cierto declive, con la *Ruina* y la *Desolación*: por el Norte lo rodea el mar de los *Vicios*, que lo inunda á cada paso. Sus grados de longitud y de latitud no se han podido averiguar; pues no se encuentra allí punto fijo ni ha habido quien mida su vasta extensión, aunque según los cálculos modernos es casi tan grande como todo el mundo conocido.

DESCUBRIMIENTO, NOMBRES Y CLIMA.

Los Lidios, buscando remedio contra el hambre que los oprimía en tiempo de su Príncipe Atys, descubrieron este país, que por lo mismo llamaron

los Latinos *Lydius*, y con poca corrupción *Ludus*. Las naciones cuyo idioma es dialecto de la lengua de aquellos, en atención á la común opinión de que en él reina la alegría, han sacado los nombres, con que lo apellidan, de la voz latina *jocus*, que significa regocijo: así los italianos lo llaman *Giuoco*, los franceses *Jeu* y los españoles *Juego*.

El clima es muy delicioso y templado hacia el Oriente por los vientos que le vienen de *Eutropelia;* pero en el resto es muy cálido y se respira un aire muy craso, á que se añade la corrupción de los vapores é inundaciones del mar vecino, que lo hacen intolerable á quien no se ha acostumbrado á él. Los planetas que allí reinan son Marte y Venus.

DIVISION.

Divide todo el país en ultramontano y citramontano la dilatada cordillera de las montañas de la virtud. El primero, que es el menor, queda á la

parte del Oriente, y el segundo, que es dilatadísimo, hacia el Poniente. El primero es tan alto que su piso casi iguala las cumbres de las montañas y es muy fácil pasar de él al segundo, pues todo el camino es bajada; pero ninguno se arriesga á caminar del citramontano al ultramontano, porque se hace inaccesible la subida de la cordillera.

DEL PAIS ULTRAMONTANO.

El país ultramontano ó que queda de la parte de allá de las montañas de la Virtud, y que muchos nombran juegos públicos, se puede llamar el país sagrado, pues se consagró á los Dioses. Los judíos, los egipcios, los griegos, los romanos y casi todas las naciones han enviado á él sus colonias. Los pueblos han tomado (sobre el común de juegos) sus nombres ó de las naciones de que son colonias, como los ateneos y los romanos; ó de sus fundadores, como los pyrrhicos y los neronianos; ó de los Dioses á

quienes se dedicaron, como los Apolinarios, los Cereates y los Capitolinos; ó bien de alguna circunstancia notable de la fundación ó lugar, como los pythianos, por haberse establecido en celebridad de la muerte del salteador Python y los Scénicos, por llamarse Scena la faz de su principal sitio. Los más célebres de todos fueron los olímpicos, que fundó Hércules, á cargo de los cuales corrió antiguamente el regular y señalar las épocas memorables del mundo. La común ocupación de los habitantes ha sido el ejercicio de las fuerzas del cuerpo, el ensayo de las artes de la guerra, las corridas, las luchas de las fieras, los combates de los hombres, la música, canto y baile.

Todas estas colonias antiguas se han arruinado enteramente, á excepción de las scénicas que, aunque se han desfigurado mucho y su aire no es tan puro como antes, porque se ha cargado de los vapores del mar, son en el día muy hermosas, y á más de las antiguas ciudades, *Tragedia* y *Co-*

media, se encuentran las nuevas *Opera* y *Pantomima*, y algunas aldeas, como *Sainete*, *Tonadilla*, *Entremés* y *Títeres*.

Los españoles ha mucho tiempo que tienen allí una ciudad, muy censurada de los extranjeros, llamada *Toros*, y pegada á ella otra nombrada *Cañas* ó Fiestas Reales. Los Pontífices (siendo el primero Inocencio II) mandaron demoler las populosísimas ciudades *Torneos* y *Justas*, y así no ha quedado de ellas ni resquicio. La colonia, que llaman *Gallos*, es frecuentada de diversas naciones, aunque también se ha corrompido demasiado por los vapores del mar;[1] pero no tanto como la ciudad que los antiguos llamaban *Sarao* y hoy se llama *Baile* por los cortesanos, y por los aldeanos *Fandango*. Allí está situada la villa de *Maroma* (muy del agrado de

1 El exceso en la apuesta ha corrompido este juego, y de este modo está prohibido por cédula de 28 de Octubre de 1746. Siendo moderada la apuesta es lícito. Véase Beleña, Autos acordados.

los valencianos y cuyos vecinos principales se dan el título de *volatines)* y los pueblos, que se nombran *Juegos de manos*, cuya descripción hecha por Pablo Minguet, corre impresa. Pero en lo poco que ha quedado poblado de aquel continente, sólo se encuentra el espíritu antiguo de religión en los pueblitos de poca consideración, que han fundado los indios, como *Danza, Torito* y *Santiagos*, que es el principal.

DEL PAIS CITRAMONTANO.

El país citramontano, que queda más acá de las montañas de la virtud, llamado *Juegos privados*, se compone de tres dilatadísimas provincias. La más inmediata á dichas montañas es *Industria;* la más occidental, *Suerte* ó *Azar*, y la que está situada entre las dos, por participar de ambas, se llama *Encartaciones*. En Industria, las principales villas y ciudades son *Ajedrez* (que fundó un tal Gisa, Bracman de la India oriental), *Damas*, *Truco*, *Billar*, *Barra*, *Pelota* y *Bochas*.

Hay allí un pueblo pequeño, pero singular por la uniformidad de vestuario de sus vecinos, pues todos usan un ropaje talar pardo y encima una capa corta blanca: Se llama *Rempujo*. Las aldeas *Tejo*, *Trompo*, *Pirinola*, *Colorines*, *Rayuela* y *Matatenas* no tienen de particular, sino que en ellas, nadie envejece ni aun pasa de la niñez, á excepción de la última en que suelen vivir más tiempo las mujeres, y en *Rayuela* algunos ociosos, por la mayor parte plebeyos. Un español, Don Francisco Gazán, fundó allí una ciudad que llamó *Armería;* pero aunque es hermosísimo su plan y deberían edificarse por él otras muchas, no ha habido quien quiera vivirla y se mantiene despoblada. Más frecuentados son todavía los pueblos situados en los confines de *Encartaciones*, que se nombran *Juegos de estrados*.

En *Azar*, la capital, que fundaron los lydios, fué *Dados*, que duró mucho tiempo, fué populosísima, y se hizo memorable por haberse sorteado en ella la túnica de Jesucristo. Des-

pués que Nicolás Pepino descubrió un terreno amenísimo, que se llamó *Naipe*, se pensó en trasladar á él la capital, y en efecto lo han sido sucesivamente varias ciudades, que se han ido edificando, como *Parar, Banca* y *Albures*, de donde se ha trasladado últimamente á la nueva, que llaman *Monte*, cuyo fundador vive aún; pero lo han hecho prisionero unos jueces integérrimos que habitan en las montañas de la *Virtud*. Las demás ciudades son *Biribís* ó como otros dicen *Bisbís, Bolos, Oca* y otras muchas que no merecen referirse, como tampoco las despreciables aldeas *Taba* y *Chuecas*, cuyos vecinos son todos plebeyos y ladrones.

La provincia de *Encartaciones* tiene también considerables pueblos, como *Pretera* ó *Tablas Reales, Cientos, Malilla, Mediator, Revecino* y tantos otros que es imposible numerarlos; mayormente edificándose cada día nuevos, sobre las ruinas de los antiguos, ó pasándose los vecinos, de unos á otros, para lo que basta el antojo de uno

solo, en especial si es de alguna representación. Pero no debe omitirse el peligrosísimo país que se halla en esta provincia hacia las costas del mar, llamado *Envite,* en donde han perecido muchos. Allí están situadas las grandes ciudades *Quince, Treinta y una, Cacho* y *Pachanga*, con la villa *Rentoy*, aunque en ella no viven sino cocheros y borrachos.

MONTES Y RIOS.

Además de las montañas referidas de la virtud y del monte en que está situada la capital, que por lo mismo se llama así, hay tantos en el país citramontano, que casi todo es montuoso, pues no se puede andar en él, sino subiendo y bajando incesantemente con riesgo de despeñarse. El ultramontano es todo llano y sin tropiezo, y lo riegan dos caudalosos ríos, que nacen de las montañas de la *Virtud:* el uno se llama *Religión* y el otro lleva el nombre de su origen. De dichas montañas hacia el país ci-

tramontano, no brota sino el arroyito de la *Moderación*, que apenas puede regar una pequeña parte de la provincia Industria. Por los confines de ésta y rodeando en circuito las otras dos provincias, corre el río* que los mitológicos llamaron *Leteo;* y así es muy regular al entrar en ellas, olvidarse todos de sus obligaciones, de sus parientes y aun de sí mismos.

Hay otros muchos que no tienen nombre y sólo sirven de hacer los bajíos pantanosos, para que no falte peligro alguno. Pero es muy raro el que atraviesa la provincia *Azar*, pasando por las orillas de la capital, pues es de caldos espirituosos; y así beben muchos sus aguas, aunque se avergüenzan de decir tienen gusto en ello y alegan las toman por medicina para fortificar el estómago.

ISLAS.

Hay unas islas no muy distantes del continente de donde se proveen los jugadores de sus menesteres. La

más cercana á la tierra firme es la del *Préstamo*. De ésta se sacan los metales al crédito; pero es necesario andar siempre haciendo incesantes carabanas y rendimientos, de que se pagan mucho aquellos isleños, y á los que van de fuera no se les permite lleven el sombrero en la cabeza, sino que andan con él en la mano. Después que se ausentan, tienen que sufrir una descarga de papeles y recados que los descerrajan los naturales, quienes parece no tienen otro oficio ni piensan en otra cosa más que en escribir y enviar mensajes.

Muy cerca de la anterior está la isla de las *Drogas*, la que agrada demasiado á los jugadores, por lo barato que traen de ella los efectos; aunque se ven precisados á las mismas ceremonias que en *Préstamo* y á hacerse panegiristas de cuanto pertenece á los isleños; preponderándolos sobre todo el mundo y haciéndolos creer que su entendimiento es el más agudo, su figura la más hermosa, su genio y modales los mejores y hasta

sus narices, más narices, que todas las narices.

Más adelante, navegando cosa de dos millas hacia el Noroeste, se encuentra la isla de *Malbaratar*. Para entrar en ella, es necesario pasar el estrecho que llaman *Urgencia*, en cuyo tránsito bajan mucho de precio las mercaderías, lo que obliga á venderlas aún por la mitad menos de sus costos. Tras ésta, á corta distancia, se encuentra la isla de lo *Ajeno*, en donde es fácil reemplazar los quebrantos de la anterior, porque cuantos llegan, toman lo que se les viene á las manos. La desgracia es, que no pueden arribar á ella, sino los hijos de familia, los empleados en el servicio de los particulares ó de los oficios públicos y algunas mujeres casadas.

La última de las islas y á que no se llega por lo regular sin pasar por todas las demás, es la de los *Salteamientos*. Está toda rodeada de escollos, bancos y peligros en que es muy fácil perecer. Se encuentran en ella

á cada paso manos y cabezas de difuntos clavadas en las puntas de los palos y aun cuerpos enteros colgados de otros más gruesos. Allí muy pocos días se le ve la cara al sol, pues casi todo el año es noche y es tan mal vista aún de los mismos jugadores, que los que van á ella, á ninguno lo dicen.

CALIDADES DEL PAIS.

El ultramontano es hermosísimo y ameno y produce tan exquisitos y sazonados frutos, que no sólo se conserva allí la salud y se restauran las fuerzas perdidas; sino que se adquieren las suficientes para trabajar cada uno en sus respectivas tareas y causan la más inocente alegría. En el citramontano, aquella pequeña parte de la provincia Industria, que riega el arroyo de la Moderación, se asemeja al anterior; pero á proporción que se camina para el Poniente, va creciendo el calor que es insufrible en *Azar*, en donde se suda continuamente, sin que baste la nieve. á miti-

gar el bochorno. Lo único que allí refresca es una bebida, muy difícil de conseguir, que sólo adquiere uno ú otro rara vez y llaman *Ganancia.*

El terreno es muy estéril y no produce sino espinas de innumerables géneros y figuras, que vistas de lejos parecen flores. El clima es enfermizo y lo destemplado de él hace anden siempre desazonados sus habitantes, causando en los más á cada paso una profunda tristeza. Las inundaciones del mar trasforman enteramente á los que pasan á establecerse allí, mudándoles hasta el genio; pero principalmente les lastima la vista y á algunos los ciega enteramente, por lo que no se ve el precipicio en que se vive ni se trata de salir del país. La enfermedad más común de que perecen los más y puede llamarse por lo mismo *morbo jueguíco*, es la diarrea ó evacuaciones, de que no escapan ni los estreñidos.

CARACTER DE LOS HABITANTES.

Los jugadores, por lo regular, son flacos, descoloridos, hundidos de ojos y viven poco. Son taciturnos, desconfiados, iracundos, maldicientes, blasfemos, desesperados, insolentes, muy inclinados al dinero y propensos á todos los vicios. No tienen lealtad con sus amigos, cuando se trata de sus propios intereses, y hacen traición á cualquiera. Son muy fáciles para hacer votos, promesas y juramentos, pero jamás los cumplen. No respetan á clase alguna de personas ni reconocen parientes, hermanos ni padres. La mentira no se tiene por vicio entre ellos y si alguno hablara verdad, se burlarían de él, ni se aprecia en cosa alguna el tiempo. El latrocinio es allí muy común, la recreación y descanso son las murmuraciones y la flojera y poltronería la cualidad inseparable de todos. Son tan bárbaros y crueles que sienten la dicha de sus compañeros y se alegran de sus infortunios. Sacrifican y en-

tregan á cualquiera en manos de sus enemigos, con tal que les toque un pelo, una uña ú otra bagatela: al mismo que les hace bien y se fía de ellos, lo abordan y empujan con gusto á su ruina y precipio: en una palabra, dejan morir, el marido á la mujer y el padre al hijo, por no pararse de su asiento á socorrerlos en el peligro.

COSTUMBRES.

La soledad se ve como un gran mal y así es costumbre vivir muchos juntos.

Ninguno se dedica á la labranza, al comercio ni á las artes, y el ejercicio de que todos pasan, es el combate de unos con otros y el recíproco pillaje; de suerte que si cada día no arribaran nuevos habitantes, ya se hubiera despoblado el país. El ajuar de las casas se reduce á mesa y asientos, la comida y la cena no tienen hora fija, como ni el sueño y la vigilia, trocándose á cada paso el día en noche y la noche en día. No

se cuida mucho del sazón y calidad de los alimentos, porque se engullen de prisa y sin tomarles gusto: en lo único en que lo tienen es en beber sangre de sus iguales. Por costumbre antiquísima y muy puesta en razón, si se navega, ha de ser sin velas ni remos, y si se camina por tierra, deben ir vendados los ojos, dejando el éxito al acaso; pero casi todos excusándose los unos á los otros, se destapan los ojos y navegan con todos sus necesarios. A los que así lo practican llaman en la lengua del país fulleros, nombre de que todos huyen, aunque no de su significado.

Allí todos son iguales, sin que haya empleos ni dignidades que distingan á unos de otros. No se respetan las canas ni prenda alguna, á excepción de la nobleza que se atiende mucho; pero no se adquiere por nacimiento, siendo noble el hijo del plebeyo y al contrario: ni tampoco es cualidad inherente al sujeto, sino que se carga en el bolsillo y no es otra cosa que unos enterillos redon-

dos y delgados, blancos unos y otros amarillos, que son los mejores. Si éstos faltan, se acaba la nobleza y por lo mismo los que ayer eran nobles, hoy son plebeyos y al contrario, pasando todos á cada instante por esta alternativa de estados. Pero al que ya no tiene proporción de restaurar la nobleza perdida, lo desprecian y lo arrojan con la mayor inhumanidad de sus asambleas.

En este país nadie tiene honor; no obstante todos se jactan de él, haciéndolo consistir en bagatelas y frioleras, como en no levantarse de su asiento antes que los demás, no guardar, sino tener á la vista de todo el mundo su caudal: franquear á otro su nobleza, diciéndole se la tenga cuanto quiera, aunque al día siguiente se le escriba un papel pidiéndosela: no pelear en un encuentro con menor actividad que en el anterior, como con dagas ó trabucos, después de haber peleado con espadas ó fusiles, y que los llamen buenos tahures, que es lo mismo que si entre nosotros se glo-

riara alguno de que dijeran de él, era buen deshonrado ó buen malhechor. En la nueva capital se han abolido muchas de estas especies.

MODO DE MANTENER LA POBLACION.

Como allí son muy raras las mujeres, no bastan para la procreación y así es preciso vengan de fuera los pobladores. En efecto, sin que nadie los traiga vienen muchos de todos estados y calidades. Unos se entran por tierra por el país de la *Eutropelia* ó por el de la *Ociosidad,* y otros por el mar, que es lo más corriente. El principal puerto de aquella costa es *Codicia,* que tiene un famoso arsenal, en donde se fabrican muchos navíos, que allí llaman *Deseos,* y el viento con que se arriba al puerto seguramente y que siempre sopla en aquellos mares, se nombra *Esperanza.*

Además de los que vienen por sí, los que ya están radicados en el país, salen continuamente á traer gente, que embaucan, valiéndose de mil ar-

dides y convidándolos á que vayan á dar un paseo y se vuelvan luego: cuya esperanza, con la de enriquecer, que se les promete, y sobre todo el contemporizar y complacer, los hace emprender el viaje. Una vez entrados en el país, como han pasado el río *Leteo*, se olvidan de los motivos por que resistían ir á él y un trago que se les da inmediatamente de la bebida *Ganancia*, que no puede negarse es comparable con la Ambrosía, los deja aficionados. Dentro de poco, como el temperamento los transforma, aunque sean de diferentes naciones y de diversos modos de pensar, todos quedan unos y aun los mismos que resistían ir, salen después á traer á otros, volviéndose panegiristas los que antes abominaban el país. ¡Qué raros son los que habiendo vivido en él, se vuelven á nuestro continente!

RELIGION.

No reina en el país otra religión que la pagana y aunque Baco, Cupido, Momo y otros innumerables tienen bastante adoración, la principal deidad es la Fortuna. A ella se tributan los más rendidos cultos; pero al que no salen bien sus ideas, no tiene embarazo en maldecirla. Son tan supersticiosos los jugadores, que para conciliarse ó conservar el favor de su dios, se valen de las fruslerías más inconexas, como quitarse ó ponerse el gorro, tirar la capa, pararse si estaban sentados ó sentarse si estaban parados, quedarse con un pie levantado ó sobre un codo ó en la postura más incómoda en que los halló la buena suerte, y jamás juzgan que los protege á ellos la Divinidad, atribuyendo sus favores al asiento, al lugar, á la persona que tienen al lado ó á lo que se les pone en la cabeza. No tienen á su Dios por agente libre y así, si observan que obró de éste ó del otro modo, esperan forzosamente lo mismo en lo sucesivo.

CIENCIAS.

Allí no florece ninguna de las ciencias que entre nosotros, y es lo primero que olvidan sus profesores cuando entran en el país. Todo el estudio se reduce á industriarse y perfeccionarse en su ejercicio, cuyas lecciones se aprenden de voz viva y reciben su último complemento por la práctica. Corren, no obstante, entre ellos, algunos impresos, como las obras de Cecina-Rica, unos cuadernos de explicación de varios juegos y un tomito sobre la Malilla, dedicado á las ánimas benditas del Purgatorio. Los sabios que dejaron más nombre y se mientan á cada paso, son un tal Canalejas y un cierto Birján, de los que con todo eso nadie sabe quiénes ni de dónde fueron.

ARMAS.

Las armas se hacen allí de marfil, hueso, palo y de todas materias. Las que se usan mucho en el día, en la mayor parte del país, son de papel; pero

tan fuertes, que ni el ariete de los antiguos ni los cañones de los modernos son tan poderosos como ellas para derribar y arruinar en breve una ó muchas casas. Cada arma de éstas consta de cuarenta piezas y algunas de cuarenta y ocho, que se distinguen por los símbolos que van estampados en ellas, alusivos á las cosas más fuertes y poderosas entre los hombres. En unas están grabados unos troncos bastos y sin pulir; en otras unos sables ó espadas; en otras los vasos, jarras ó copas para denotar la fuerza de los licores espirituosos y en otras unas monedas de oro, para significar el poder del dinero, á quien todo obedece. Las que llevan un mismo símbolo, se distinguen por la multiplicación de éste; pues en una pieza se pone uno solo, en otra dos y así sucesivamente hasta siete ó nueve. Las que van señaladas con la figura humana ó es con la de la mujer que tanto arrastra al hombre, ó si es de varón, lleva las insignias reales significativas del poder ó bien se repre-

senta caballero en un valiente bruto, para denotar la fortaleza. Los naturales del país llaman á estas armas *Barajas*.

GOBIERNO.

El gobierno es democrático, pues reside el poder en todo el pueblo, quien establece las leyes por que se rigen. Estos no tienen más razón ni apoyo que el antojo ó capricho de la mayor parte de los vecinos, porque no se ha admitido jamás el Derecho Natural ni de Gentes, pues pelean los hermanos contra los hermanos y los hijos contra los padres, y éstos no cuidan de la educación y alimentos de aquellos; en una palabra, si se admitiera semejante Derecho, era necesario abolir todas las costumbres y demoler las ciudades y los pueblos. Las leyes se observan allí con el mayor rigor, atendiendo más á su letra que á su espíritu: la judicatura no es honorífica: los juicios son verbales y sumarios, y los jueces son los ínfimos del pueblo, que ellos llaman Mirones.

ENEMIGOS.

Los enemigos del estado son todos los monarcas del mundo, sin exceptuar á los Pontífices, las repúblicas y los concilios, los oradores, poetas, filósofos, juristas y teólogos de todas las naciones, los que mantienen una guerra continua contra el país, sin haberlo podido destruir. Él subsiste y se aumenta cada día su población á pesar de tantas fuerzas unidas. Muchos lo atribuyen á que algunos de los que gobiernan las armas contrarias son negligentes en hacer la guerra á los habitantes ó que son de su facción y están de acuerdo con ellos. Pero aunque esta causa influya mucho, la principal es la errada opinión que se tiene de la bondad del país, la que anima á innumerables á irse á establecer en él, y sobre todo que los más se entran por las tierras de la Eutropelia y la Ociosidad, puertas francas á todo el mundo, é insensiblemente se van colocando hasta la provincia Azar. Por eso un italiano,

llamado Costantini, juzgó que no sólo á ella, sino á todo el país se debía hacer la guerra. A mí me parece, según el aspecto que han tomado las cosas, era conveniente se usara de armas más fuertes que las que hasta aquí.

IDIOMA.

La lengua del país es un dialecto de los nuestros, sin más diferencia en la mayor parte, que dar otros significados á las voces. Cada ciudad tiene su idioma y frasismo particular, de que no es fácil dar una noción completa; pero se formará alguna idea por unas cuantas voces que he oído á los viajeros. Para explicar que uno empobrece, dicen que se le *arranca;* al equivocarse, llaman *perder alegre:* al matar, *fallar:* al quebrantar la ley, *renunciar:* á la fascinación ó mallado, *ojo de pato:* al que sigue el dictamen ajeno, *orejero:* á las casas, *garitos ó tablajes,* y algunos, *tules:* á lo gracioso ó sin precio, *de va:* al desgraciado, *salado:* al principal, *puntero:*

al hurto y la trampa, *habilidad* y *destreza:* á las dádivas y regalos, *baratos,* y en la capital, *micos:* al jugar, *echarla:* al cajero, *gurupié:* al que sirve, *banco,* y así otras muchas de que se podría formar un diccionario abultado.

DE LA CAPITAL.

La ciudad *Monte* está situada en el declive de un cerro y vista de lejos y sin examinarla bien, ofrece las mayores ventajas y comodidades para pasar la vida: razón porque los más abandonan las otras poblaciones, para establecerse en ella. Allí reina la libertad, nadie depende de otro, cada uno sigue sus dictámenes; no se tiene á deshonra (como en las demás ciudades) el ausentarse cuando se quiera ni el pelear en un encuentro con menos actividad que en el anterior, y parece lo más fácil del mundo enriquecer en breve con poco principal. Allí no combaten unos con otros, como en el resto del país, sino todos

contra el Señor de la ciudad, á quien (porque les mantenga la guerra) tributan la mitad ó la cuarta parte de los primeros despojos del pillaje ó de aquellos que se encuentran luego á las puertas de un pueblo entregado al botín ó saqueo. Las calles y las plazas están llenas siempre de gente; pero no se oye ruido ni algazara, porque se guarda mucha moderación y silencio, y da de comer á todos el Señor de la ciudad. Finalmente se observa mucho orden en la lucha, alternándose todos á tomar la espada, que uno sólo maneja, aunque se pongan muchos á su lado, y que no larga hasta que no yerra un golpe ó estocada, en cuyo caso la toma el siguiente.

Pero todas estas ventajas son aparentes, el que en realidad disfruta muchas es el Señor, de quien son víctimas los infelices ciudadanos. Porque, como todo el anhelo es subir y el piso es resbaladizo, á cada paso caen y se despeñan, aunque mil veces emprendan de nuevo la subida, lo que no es tan fácil suceda al Señor, que

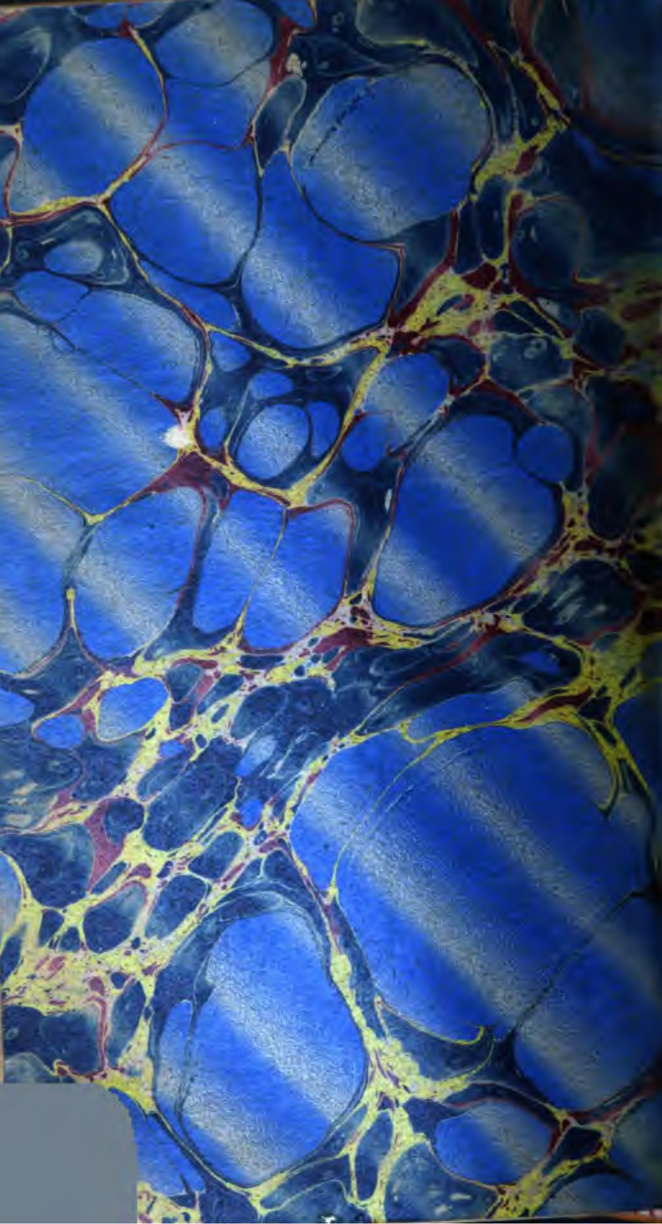
ocupa el lugar eminente y ventajoso. En una de estas caídas quedan por último destruídos, porque el cerro que sirve de suelo á la población, está situado hacia el Poniente en los últimos términos de Azar, de lo que es muy consiguiente vengan á dar al país confinante de la Ruina.

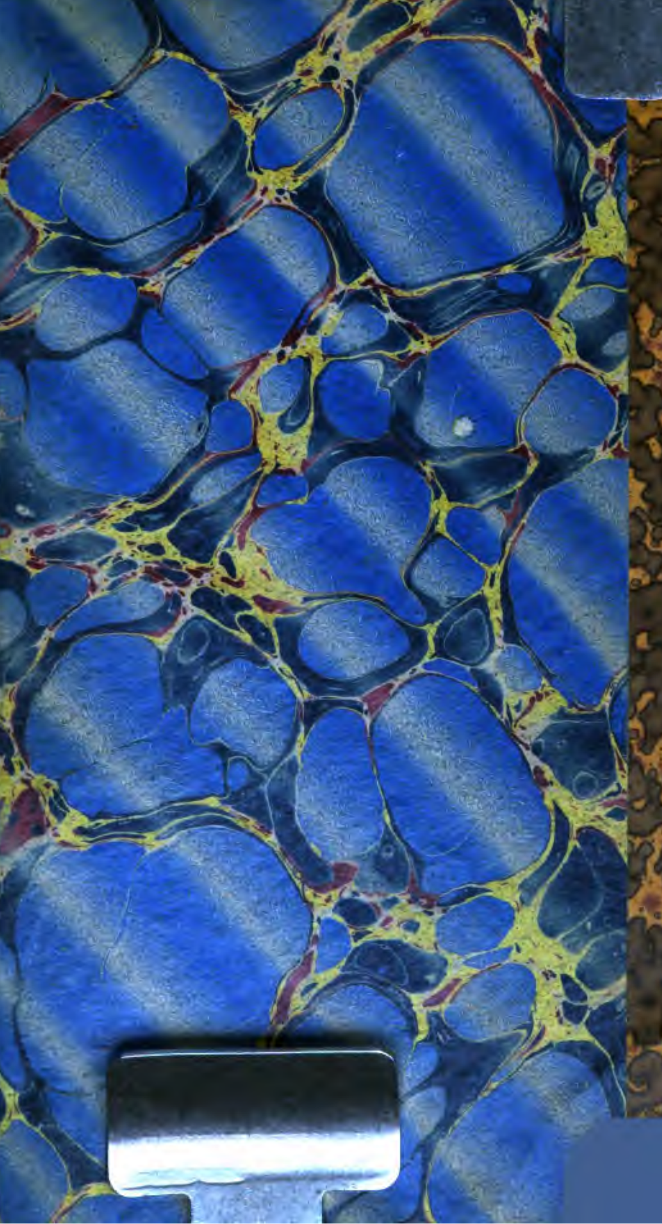
La libertad é independencia, lejos de aprovechar, daña, porque se anda con los ojos vendados y sin conocer el terreno que se pisa; del mismo modo que sería perjudicial á los niños, faltos de advertencia, el dejarlos á su arbitrio travesear y correr por una azotea. El seguir cada uno su dictamen (supuesta la falibilidad humana y su propensión á errarlo todo), es también dañoso y hace que sólo en la apariencia peleen los vecinos con el Señor y en la realidad unos con otros; pues jamás se pueden ajustar y convenir los modos de pensar; porque hay en ellos más diversidad que en las caras, de las que no se hallan dos perfectamente semejantes. De aquí nace que al fin unos con otros se destruyan y

el Señor quede hecho dueño de los despojos de todos. Por estas razones, en vez de tributarle los ciudadanos, debería él pagarles porque se estableciesen en sus posesiones.

Las expresadas ventajas, aunque hacen que el Señor se conserve más que cualquiera vecino, no lo ponen á salvo del precipicio, que también suele experimentar; siendo su caída tanto más sensible, cuanto es de mayor altura. De suerte que cuantos viven aquel vasto continente, y sobre todo los cortesanos, van indispensablemente á dar al de la Ruina, de donde jamás vuelven. Huíd, pues, mortales de tan peligroso país; pero en especial de su maldita Capital.

FIN.






UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3023855079
0 5917 3023855079